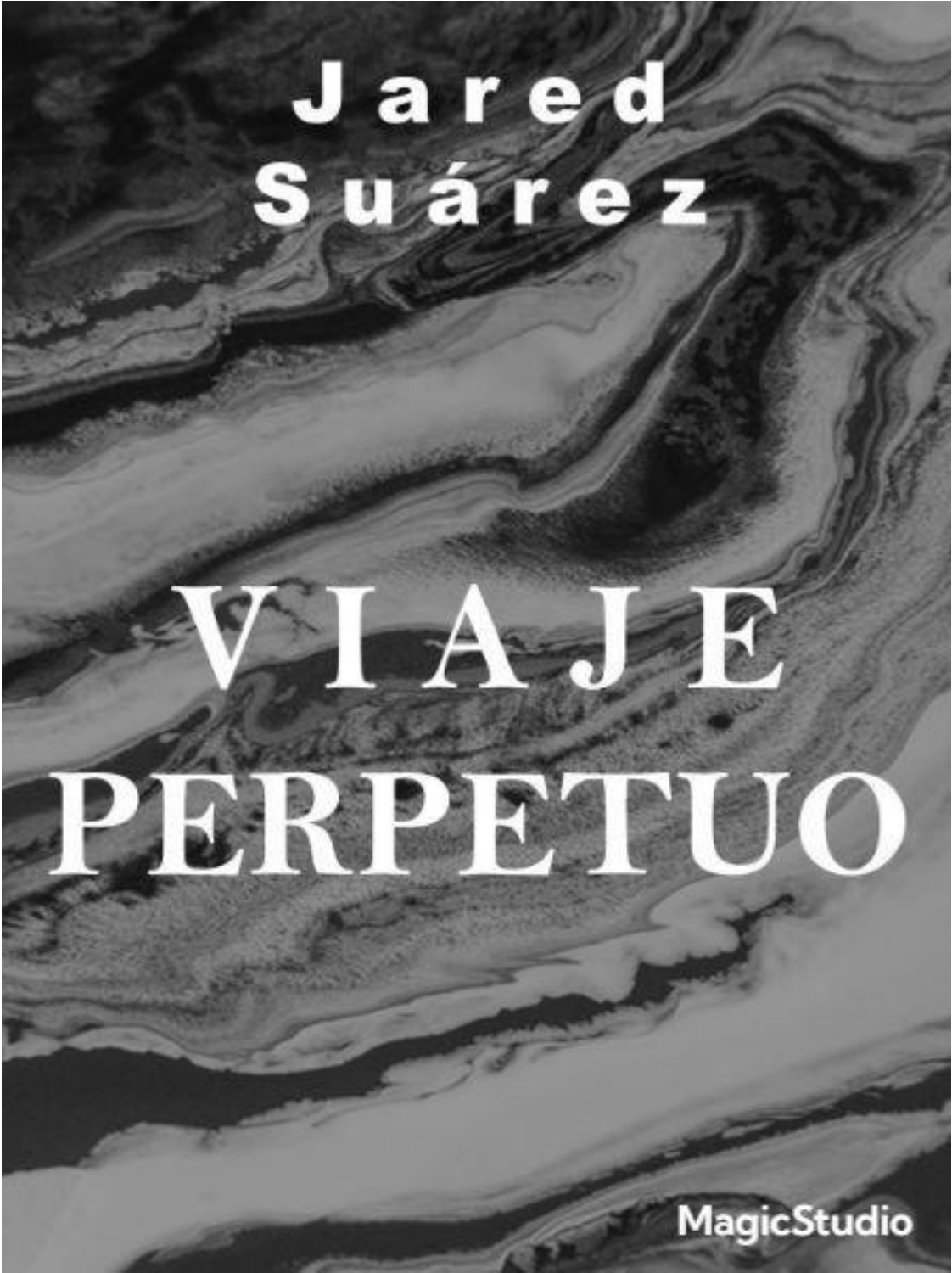


The background of the cover is a grayscale marbled pattern with swirling, organic shapes in various shades of gray, black, and white.

**Jared
Suárez**

**VIAJE
PERPETUO**

MagicStudio

VIAJE PERPETUO

Novela corta

DEDICATORIA

Para mi sensiblero amor poco instruido,
que siempre anda por ahí haciendo nada...

CASI PROLOGO

Esta novela corta o cuento largo (ustedes deciden) está inspirada en una parte de la obra clásica de Miguel León Portilla: *La visión de los vencidos*, donde se narran los famosos “Presagios de Motecuzoma” (no Moctezuma) Esta ficción la ubiqué en diferentes lugares, con protagonistas que por momentos fueron inspirados en personas reales que se combinan con otros de mi inventiva.

Viaje perpetuo, comienza en la ciudad de Nueva York, pero que termina en Tabasco durante el siglo pasado, es un paisaje idílico en el que se mezclan imágenes reales de lo que era el estado en la década de los años treinta con otras inventadas. La importancia del comercio fluvial queda de manifiesto al plantearse el traslado de los protagonistas por ríos y lagunas, en las que aparecen poblaciones ribereñas que algunas subsisten hasta nuestros días.

Junto a las creencias y leyendas populares fusiono otras de índole más contemporánea, hasta que todo termina de manera sorpresiva, en un lugar incierto, que a su vez existe en esta ciudad, la prueba es que el edificio del Sanatorio “Juchimán”, ubicado en la loma de La Encarnación o sea la parte más alta de la calle 5 de Mayo, y por un extraño milagro aún está en su lugar.

Tres Lomas, enero del 2021

PRIMERA PARTE

Amaneció en la ciudad de Nueva York, aún podía sentirse las últimas rachas de aire frío del invierno entre la humareda que salía de las alcantarillas, junto al tráfico cotidiano de la Quinta Avenida se arremolinó la multitud en busca de algún empleo, *La gran depresión* hizo sentir sus efectos perjudiciales entre la población con menos ingresos.

Era el tres de enero de mil novecientos treinta cuando una nueva década dio inicio y así también comenzaron las historias de miles de habitantes de este planeta, en las que Lino Brahe resultó ser uno de ellos.

En variadas ocasiones el tiempo le dio la apariencia de no avanzar, sobre todo cuando se encontraba solo o esperando alguna noticia importante, pero todo esto era producto de la ansiedad. Inmerso en sus pensamientos Lino deambuló por la sombría habitación, cada paso resonó en el piso de madera, dejando ver su incomodidad, provocada por una larga espera para que lo recibiera el Director del Museo de Historia Natural de la ciudad.

Durante este lapso de tiempo contó cada una de las piezas del mosaico que formaban un mural bizantino colocado de fondo en la sala de espera, mientras en su mente se agitó una sola idea: *salir inmediatamente de esta situación*, y no era por problemas con el testarudo Director, sino por la insistencia de acomodar en la próxima expedición a un espía, apuntando todo a su inexperto sobrino, que se encargaría de reportar cada acción que le pareciera relevante, y no dejar lugar a ningún secreto.

Una puerta se abrió sorpresivamente regresándolo a la realidad; de ella surgió la figura de una señora mayor de edad, vestida de riguroso negro, con una libreta de notas en las manos, que con paso resuelto se dirigió hasta él diciéndole: —doctor Brahe, disculpe, el señor Director le está esperando, puede pasar.

La oficina era como la antesala al teatro del terror, a través de la poca luz que entraba por las ventanas pudo ver las paredes atiborradas de máscaras ceremoniales entelarañadas provenientes de otros países, animales disecados algunos sin los ojos, y un gran cúmulo de libros apiñados en los estantes, todo en total desorden; destacándose detrás de un escritorio de maderas oscuras la figura regordeta del señor Max O'brian, Director del Museo, quien al percatarse de su presencia se levantó trabajosamente para recibirlo con los brazos abiertos, diciéndole en tono amable, pero fingido.

—Mi querido doctor Brahe, es un placer tenerlo en este recinto, ya que muy pronto partirá hacia México, ¿Cómo dijo que se llamaba el lugar?

—Tabasco, señor, Tabsss..., no pudor terminar las palabras a causa del abrazo que por un momento sintió que lo asfixiaba, pero al soltarlo de nuevo el oxígeno fluyó hacia sus pulmones.

De inmediato pasaron a una pequeña sala donde estaba esperándolos un jovencito acicalado del cabello, con cara de serio y vestido de traje, nerviosamente movía entre las manos un sombrero de fieltro, esperando ser presentado.

—Seré directo con usted doctor Brahe, por lo que no será necesario que le presente a mi sobrino Carl Richter, ya que usted lo conoce desde que fue su alumno en la Universidad, ¿No es así?

La pregunta flotó en el aire unos instantes ya que Lino optó por hacerle frente a la situación, teniendo como meta desilusionar al jovencito a toda costa.

—Bueno, si lo recuerdo, pero espero tome en cuenta señor Director, lo peligroso que resultará viajar por una selva tropical plagada de animales sumamente peligrosos, esto no es la filmación de una película con animales domesticados y selvas de escenografía, esto es la realidad, yo...

—Nada de eso mi querido doctor, —interrumpió el Director, —los muchachos de hoy necesitan un poco de emociones enérgicas y de aventuras para que se hagan hombres fuertes, además le será de gran utilidad tener un asistente, —replicó el viejo regordete de forma zalamera, colocando una mano en el hombro de Lino.

La decisión estaba tomada y no le quedaron argumentos válidos que pudieran impedir que el joven Richter viajara en la expedición. Con mucha claridad dejó entrever su desagrado, pero aceptó esta intromisión, tomando en cuenta de que el señor O 'Brian era también el Presidente de la Fundación del Museo y principal organizador del viaje.

—El viejo cabrón se salió con la suya como siempre, —apuntó en la mente dirigiendo una última mirada al jovencito que se retiró unos pasos hacia atrás con la pena en el rostro por el incidente desafortunado.

— ¿Será mejor que nos dediquemos a revisar la lista del personal de apoyo que irá con ustedes en la expedición doctor?, en esta temporada del año las finanzas del Museo no están muy buenas que digamos, así que deberá tener en cuenta el sacrificio que significa mandarlo hasta allá.

—Sí señor, lo tengo muy en cuenta, —respondió Lino con voz apesadumbrada.

Durante todo el resto de la jornada los dos hombres se dedicaron a revisar hasta el cansancio, una y otra vez a todo el personal de apoyo científico, provisiones, materiales, etcétera, que integraron la expedición, sin dejar ningún punto por objetar, resultó el clásico estira y afloja entre una mentalidad científica y otra mercantilista.

En las afueras del museo sentado en las escalinatas mientras jugaba con su sombrero entre las manos de manera nerviosa, el jovencito esperó a que Lino saliera, y al cabo de dos horas por fin vio aparecer su figura por una de las puertas del edificio; al pasar junto a él, le salió al paso cortándole el camino.

—Doctor Brahe, estoy muy apenado con todo lo que ha hecho mi tío, yo en realidad no quiero hacer este viaje, pero es mi deber; se que no soy de su agrado por que piensa que seré un espía, pierda cuidado, no tengo esa intención, —explicó un tanto suplicante.

La forma intempestiva que utilizó para contactarle, lo tomó por sorpresa, pero esta fue mayor al escuchar las palabras que reflejaron un tono sincero, pero ésta no era todo para ser incluido en el viaje, se necesitaba carácter agresivo y eso estaba muy distante de tenerlo aquel chamaco.

—Míralo de este modo jovencito, yo te agrado y tu no me agradas en lo más mínimo, así que no trates de congraciarte conmigo, —contestó álgido, retomando el paso y sin mirar hacia atrás desapareció entre los escasos transeúntes del parque Teodoro Roosevelt.

—Deme solo una oportunidad para demostrarle quién soy, ¿qué acaso no me recuerda?, soy el estudiante Richter de la clase de historia de América, —grito Carl, después quedó el viento deambulando entre los edificios.

Carl provenía de una familia acomodada que había sentido con anticipación los efectos de la depresión económica, compartía la casa con su hermano menor William, con el cual tenía una estrecha relación afectiva dada la condición de ser los únicos huéspedes de una casa victoriana de quince habitaciones vacías ubicada en las afueras de Richmond, Virginia.

De la noche a la mañana la fortuna familiar se esfumó, así que la única salida para que los infantes herederos Richter no quedaran desprotegidos fue mandarlos con familiares que estuvieran en mejor posición económica.

A William lo enviaron con su abuela materna a Georgia, y Carl a Nueva York con el tío Max. Su estancia no resultó ser tan agradable, tenía que convivir únicamente con los sirvientes de la casa que aún tratándolo con respeto les resultaba una molestia ya que el jovencito Carl era demasiado curioso y siempre terminaba metido en problemas.

Una vez quedó atrapado por varias horas en el ático, en medio de un interminable muro de cajas con objetos de diversas partes del mundo, en una de ellas fue donde encontró el extraño amuleto que enseguida se lo colocó en el cuello y lo tomó como compañero, era un objeto de piedra color gris con un signo ancestral de la cultura maya labrado en una de sus caras.

Además, recordaba con mucha vergüenza, la vez que fue atrapado en completa desnudez revisando un álbum con fotografías de exóticas mujeres turcas, esa vez su tío lo castigó de manera severa.

Se le impuso una férrea educación al travieso adolescente, y lo único que se le ocurrió al viejo O'brian fue enviarlo de interno a la universidad para que se distrajera en otras enseñanzas. Durante esta etapa de su vida conoció al Dr. Lino Brahe, el cual se posicionó como el héroe de sus fantasías que eran avivadas por el profesor con sus largas pláticas de viajes y aventuras.

Tenía tres libros dedicados por el Dr. Brahe, estos formaban su máspreciado tesoro, eran sus mapas para acceder a un mundo de ficción donde detrás de una espesa cortina de árboles se ocultaba una ciudad precolombina con tesoros fantásticos. Cuando llegó el tiempo de abandonar la escuela Carl sintió mucho este distanciamiento con su profesor.

Al terminar la universidad regresó de nuevo a la solitaria casa del tío, pero esta vez no hacía travesuras, ni corría por los pasillos o se escondía en los armarios, ahora eran un jovencito de estatura media y complexión delgada sin exagerar, de rostro amable, ojos claros detrás de unos lenticillos redondos, con el cabello rubio y lacio, además de muchas ideas locas en la cabeza, como su sed natural de aventura.

Fue una mañana cuando el tío O 'Brian le comentó: —Hoy veré al Dr. Lino Brahe, considero que quiere arreglar todo sobre un viaje a un lugar en México, y también creo que voy a necesitar un relator confiable que me cuente todo lo que el doctorcito encuentre.

— ¿Tío yo puedo ser tu relator?, —dijo Carl sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

—Bueno que no se diga más, te espero en el Museo más tarde, no faltes chico, sé que te gustará viajar hacia México.

El viejo director esbozó una sonrisa maliciosa de triunfo, el plan de espiar secretamente a Lino estuvo resuelto, solo faltaba ver la reacción de este con la propuesta, para ello elaboró un plan que resultó infalible para involucrar a su sobrino en la expedición.

Aquella noche Lino, no pudo conciliar el sueño tan solo de pensar en lo extraordinario que era estar en medio de esa selva, en un territorio inhóspito, y observando las extrañas costumbres de esas gentes. Los pensamientos se le agitaron en una atmósfera cargada de evocaciones; supo que de todas maneras dejaría atrás todo lo que la ciudad tenía, y por lo cual le resultaba cómodo vivir en ella.

Tuvo la suerte de adquirir un departamento frente al Central Park gracias a su cómoda posición en la Universidad, y de esta procedía una cuenta bancaria que utilizaba muy bien, abandonar todo esto le resultó un tanto inaceptable, pero la búsqueda de nuevas experiencias con ciudades perdidas en la selva tropical influyeron más que su vida citadina.

Siempre fue poco ordenado para su modo de vivir, así que dejó rastros de todo tipo a su paso, parte de esta vida la entregó de lleno a la investigación arqueológica. A sus treinta y cinco años era considerado una promesa para la ciencia, esto lo obligó a enfrentarse a retos cada vez más complicados; por otro lado, su afición por los placeres de la vida lo llevaron a invertir generosas sumas de dinero en buen vino, comida excelente y música de moda, esos fueron el complemento ideal a sus largas noches, cuando deambulaba por cada habitación, escuchando en el tocadiscos a: *Stravinski, Debussy o Ravel*, y bebiendo un buen *Romaneé Conti* (vino de Burdeos, Francia) hasta que el cansancio lo vencía.

Transitó por la vida de un lado para otro, eso le condujo a conocer personas con variadas formas de pensar, algunos muy amables o demasiado melosos para su gusto, otros con malas intenciones, algunos completamente vanidosos de sus tontos conocimientos, todo esto sirvió para agigantar su soledad que lo arrojó a temporadas de fastidio social. A medida que los días avanzaron su nerviosismo lo hizo buscar

cada día un refugio diferente en la gran manzana, así pasaron cafés, restaurantes, cines y teatros.

La última noche prefirió salir a internarse por la selva de concreto para olvidar un contradictorio amorío que no terminaba de olvidar, quizá tomar una copa o enredarse en un incidentillo sin importancia para calmar sus ansias ocultas, aprovechando los últimos momentos en la civilización. Su relación inacabada con la joven periodista Mirtha Moren, le había movido todo su mundo, así que nada como la distancia para olvidar e internarse en otros mundos.

Después de tanto caminar y terminarse la reserva de licor, concluyó refugiándose en una taberna de mala muerte ubicada cerca de los muelles en el río Hudson, estaba invadida por el humo de cigarros, música de jazz y atestada de caras borrosas.

Sylvia Mood era una joven afroamericana de buenas proporciones, lo observó desde su llegada y tomándolo entre sus brazos lo sorprendió con un beso; al cabo de media hora las cervezas sirvieron para acelerar el entusiasmo. Finalmente, la pareja se perdió detrás de un cortinaje de cuentas. Expandieron sus deseos por todo lo largo y ancho de la habitación, hasta quedar desfallecidos sobre el destartado camastro donde todo sucedió.

Nunca pudo calcular el tiempo transcurrido, pero saltó del camastro para recuperar la lucidez; llevándose las manos a la cabeza para mitigar el dolor provocado por la juerga; aterrizó de nuevo en el mundo real, se vistió sigilosamente y abandonó la habitación rápido, no sin antes echar un vistazo al cuerpo de piel oscura que se apretujó entre las sábanas, recordó de nuevo el compromiso, y avanzó dando saltos por el pasillo con los zapatos en la mano.

En la imaginación trató de explicarse en qué momento entró a la habitación de aquella chica, bueno, fue una de las tantas gentes desconocidas que no significaban absolutamente nada para él.

En la oscura soledad de su habitación Sylvia no tuvo tiempo de saber el nombre de su fugaz ligue, pero antes de que despertara, le revisó el saco encontró la libreta de viaje de Lino y supo que tenía una cita en el muelle cinco para viajar rumbo a

México, en un barco llamado Kassandre. Esto le fascinó, fue como la puerta a una nueva vida *como anillo al dedo*, el problema consistió en cómo subir al barco si no contaba con documentos o una invitación por escrito.

De todos modos, preparó una pequeña valija con lo más necesario, y se dirigió hacia los muelles, durante varias horas permaneció oculta entre cajas y barriles, buscando el mejor momento para acceder sin ser vista. Con la caída estrepitosa de un cargamento en un barco carguero anclado a poca distancia del muelle cinco, vio la oportunidad de colarse hasta el Kassandre y refugiarse en una de sus bodega.

La Kassandre era una goleta de dos mástiles, de regular tamaño que contenía todos lo necesario para pasar inadvertida, simulando ser más una embarcación de recreo que una de investigación arqueológica, esto era común la época, los seudos viajeros en realidad sustraían piezas arqueológicas de contrabando que paraban en los museos o en manos de coleccionistas privados.

En su interior se ubicaban: un comedor, dos salas, un bar con buen surtido y camarotes especiales decorados en el estilo Art-Decó de moda en esos años; sobre la cubierta se extendía un área de mesas y sillones de ratán. Escondido en la parte inferior se hallaba un laboratorio, una sala de curaciones, los camarotes de la tripulación, así como las bodegas de carga. Su esbelta figura blanca contrastó con las tonalidades oscuras de los barcos de carga que anclaban junto a ella.

El viaje lo iniciaron el día dos de marzo justo antes del mediodía, dejando atrás el vertical perfil de Manhattan, la estatua de la Libertad, y todo el rumor neoyorquino. Las aves marinas siguieron la estela de espuma que dejó la goleta sobre las tranquilas aguas del río Hudson. Para cada uno de ellos quedaron atrás las ilusiones, las ansias, mentiras y partes del espíritu que se descompuso en polvo que la brisa arrastró.

Durante la cena Lino pudo constatar que la elección de sus compañeros de viaje resulto ser la correcta: como jefe de exploración eligió, al cazador Alan Creiman, un tipo nervioso al que no le importaba nada, sólo sentía placer por la emoción de enfrentar lo desconocido y se mantenía en silencio respondiendo con monosílabos si le preguntaban algo.

Para los trabajos de arqueología al señor Julio Hartman que conocía la zona maya desde mil novecientos quince, cuando ayudó a descubrir algunas ciudades perdidas en la zona de Yucatán y Guatemala.

El antropólogo Héctor Reef, egresado recientemente de la universidad de Maryland y experto en culturas prehispánicas. Al Doctor Alexander Laren amigo de Lino desde la infancia, como el oficial científico a cargo de la salud de los expedicionarios y además coleccionista de todo tipo de espécimen del reino animal que pasara frente sus narices.

La tripulación estaba compuesta por el viejo y circunspecto capitán Donald McRull de origen inglés; su ayudante Froy Hillman, un tipo brusco con un tic nervioso que lo hacía mover la cabeza constantemente y capaz de matar a cualquiera con tal de conseguir sus propósitos; un cocinero de origen asiático, un maquinista puertorriqueño llamado simplemente Don Pedrito; además otros cuatro ayudantes jóvenes que apoyaban en todo; finalmente estaba como una especie de *ángel guardián*, el jovencito Carl, que mantuvo un bajo perfil y con la cabeza baja que acentuó más la apariencia pueril.

Todos ellos formaron un grupo homogéneo con pensamientos disímboles pero que tenían en común el conocimiento sobre los descubrimientos de la milenaria cultura maya, y el idioma español muy necesario si se pensaba viajar por estos rumbos. La primera noche discutieron sobre algunos aspectos no muy claros de la expedición sin llegar a ninguna conclusión, mirando a Lino de forma interrogante cada vez que unas preguntas no quedaban esclarecidas.

Reinó siempre un aire de incertidumbre sobre el lugar exacto a donde se dirigían, y el tipo de trabajo que allí realizarían, sobre todo ¿porque no existían mapas del sitio? La pregunta no se hizo esperar, siendo Julio el primero en cuestionar a Lino.

— ¿Doctor Brahe, como supo de ese lugar si dice que no hay planos o mapas que lo ubiquen con exactitud?

—Es muy largo de contar, pero te diré que obtuve información del lugar gracias a uno de mis profesores que viajó por México hace más de veinte años.

—Entonces es solo una referencia oral, —agregó el joven con el rostro marcado por la duda.

—No tan cierto Julio, él me envió una carta con dibujos muy primitivos, y señalamientos astronómicos, que con el tiempo descifré además me dieron como resultado las coordenadas de una ciudad llamada *Tama Sic* (antiguo nombre del pueblo de Tenosique en Tabasco)

—Mi querido ¿Doctor Brahe, no cree usted que esto bien puede ser una tomada de pelo, y hacernos viajar desde tan lejos para buscar un mítico lugar que ni siquiera usted sabe si existe?, —replicó el capitán McRull con su flemático acento británico, mientras se alisó el bigote.

—Créame capitán, que el señor O'brian, no es ningún tonto hablando de proyectos financieros, una sombra de confianza vio en él, que lo aceptó desde el principio, —replicó Lino ya incómodo con tantas preguntas.

—Lino, tu seguridad me da confianza, pero ahora percibo como que no conoces al cien por ciento de qué se trata este viaje, sabes, debes confiar aún más en nosotros, y decirnos a que nos enfrentamos; así sentiremos un poco de tranquilidad, —las palabras de Alexander sirvieron para hacer aún más amplias las dudas del grupo.

La noche se llenó de oscuridad acompañada por el monótono sonido del motor. La travesía por el Atlántico fue de malestar, sobre todo para Lino, que nunca había viajado en mar abierto, de la misma manera Carl se mantuvo por espacios largos encerrado en su camarote porque el mareo no lo dejó en paz.

Lino Brahe fue el hijo mayor de una familia tradicional de la clase media alta de la ciudad de Filadelfia, sus padres no habían sobresalido en nada referente a la

ciencia. Así que gracias a una beca había estudiado historia en la Universidad de Filadelfia, y por sus estudios alcanzó honores como una Mención Honorífica al mejor alumno de su especialidad.

Indiferente por su apariencia, usaba siempre un pantalón oscuro, camisas blancas de manga larga, cerrada hasta el cuello con un lazo de color azul y encima un saco de cuadrillé gris, negro y azul. Presentaba una complexión delgada pero fuerte, su rostro lampiño lo complementaban sus ojos cafés, y el cabello castaño ensortijado. Durante su juventud tuvo el tiempo suficiente para distraerse con mucha cerveza, no siempre fue por así decirlo *un ratón de biblioteca*.

Los amores fallidos de esa temporada lo fueron sacando de la realidad hasta convertirlo en una persona introvertida, por tanto, se encerró en sus estudios. Terminada la etapa universitaria, se dedicó por un tiempo a escribir en una gaceta artística sobre historia de las culturas en Mesoamérica, de allí nació su interés por buscar la pista a ciudades perdidas de los mayas.

Muy importante en su vida fue la ocasión cuando conoció en una subasta de arte latinoamericano a la periodista Mirtha Moren con quién entabló una relación que fue más allá de una simple amistad; tenían en común el interés por la cultura Maya y sus ancestrales ciudades ubicadas en la Península de Yucatán.

Fue durante un viaje por la Ciudad de México, cuando Mirtha le obsequió una gargantilla antigua con una piedra en el centro, que tenía esgrafiada un glifo de la cultura maya.

—Esta pieza de los mayas que adquirí a vendedor callejero, tiene poderes que protegen de los males de ojo, cuídalo y él cuidará también de ti, —dijo la chica, al tiempo que se la colocó en el cuello.

—No puedo creer que estés hablando sobre poderes mágicos en objetos, por lo regular nosotros los norteamericanos somos escépticos, aunque considero que es una buena broma de tu parte.

Nunca supo dónde lo había comprado, y quién era ese vendedor callejero, pero el objeto central le llamaba poderosamente la atención, cada vez que lo acariciaba entre las manos, cosas buenas le sucedían, así que le fue tomando afecto.

Lo único que no pudo cambiar el objeto fueron los acontecimientos que dieron un giro de ciento ochenta grados, cuando Mirtha se vio obligada a viajar a Europa para cubrir los acontecimientos relacionados con la Feria Mundial de París en mil novecientos veinticinco. Ante este descalabro romántico Lino prometió no mezclarse sentimentalmente con nadie; la soledad mal manejada dio pie a una etapa depresiva que la ocultó con distractivos mal intencionados, como los licores.

Para olvidar su fallida relación amorosas, de manera sorpresiva se involucró en una gira por los estados del sur de Estados Unidos, conociendo comunidades indígenas norteamericanas en: Texas, Nuevo México, Utah y California.

Esto sirvió de preámbulo para su siguiente jugada, al año siguiente presentó una solicitud para llevar a cabo una expedición hacia México, en busca de una antigua ciudad Maya perdida entre la selva al este del estado de Tabasco en México; misma que fue aceptada de inmediato por parte de los mecenas del Museo de Historia Natural.

Hacia el anochecer llegaron hasta la Isla Pritchards en Carolina del Sur y solo podían ver el solitario faro *Hunting* que vigilaba la oscuridad; envuelto en un cielo gris que hizo ver aún más espectral su movimiento giratorio de luz que surcaba el espacio.

Para el segundo día, antes de acercarse a la ciudad de Jacksonville en la península de la Florida, advirtieron durante la noche un cometa con extraña luminosidad en forma de aguja apuntando hacia el cenit (el centro de la bóveda celeste), esta imagen anticipó un huracán que se precipitó por el horizonte; aquello resultó un tanto contradictorio debido a que según los científicos del grupo pronosticaron cielo despejado, porque la temporada de huracanes daba comienzo hacia el mes de junio y aún se encontraban en los inicios de marzo.

Esta fue la primera vez que Lino pretendió abortar la misión debido tal vez a la inexperiencia en afrontar fenómenos naturales de esa magnitud, o tal vez fueron los desesperantes gritos que provenían de todos lados, la angustia se reflejó en su rostro, mirando estupefacto como el agua los atacó por todos lados.

A medida que la tormenta alcanzó su máximo poder, la tripulación forcejeó arriando las velas para mantener la goleta a flote, uno de los tripulantes fue arrastrado por la corriente perdiéndose en la oscura boca de la tormenta, resultó ser una terrible pérdida para el viaje. Por momentos la Kassandre pareció ser una frágil cáscara de nuez ante la dimensión del evento; la fuerza del mar los mantuvo a la deriva por espacio de varias horas.

El combate fue muy violento hasta que en fracciones de segundos el agua retomó de nuevo su habitual calma, las brumosas nubes grises se abrieron paso dejando entrever un cielo azul oscuro tranquilo, lleno de estrellas. Solo quedó el agua escurriendo por los pisos y muros de la cubierta.

—Nunca he visto nada parecido, es como si una fuerza extraña la hubiese provocado de manera intencional, sobretodo que no es habitual que haya huracanes en marzo, lo que me resulta ilógico, —dijo Alex tomando a Lino por un brazo.

—Bueno mi querido Alex, tú más que nadie en este viaje conoce de estos lugares donde pueden suceder cosas que no sabíamos de su existencia, tal vez resulten nuevas para nosotros, pero yo soy solamente un *coleccionista de trastos viejos*, —dijo Lino para ofrecer una efímera calma en Alex que le lanzó una mirada de duda sin dejar de acariciarse la barbilla, y esbozar una ligera sonrisa.

—Siempre eres así de misterioso cuando quieres impresionar a tus admiradores, pero yo no soy uno de ellos.

—Gracias Alex, yo también te...

De forma sorpresiva dieron voces que en el horizonte habían avistado las luces de la veterana ciudad de la Habana, que los saludó con una tibia corriente de aire, y un lejano murmullo que no supieron su procedencia, todo dio la apariencia de ser una especie de bienvenida a un mundo exótico, lleno de secretos, magia y encantamiento.

—No tengo la más peregrina idea de cómo fue que llegamos tan rápido frente a la ciudad de la Habana si estábamos en la península de la Florida hace unas horas, aquí pasan cosas que no había visto nunca —masculló el viejo Capitán, acariciándose la barbilla.

De conformidad a lo planeado pasaron de largo por la isla de Cuba, para internarse en el Golfo de México, tomando rumbo hacia la parte Este del Atlántico.

Primera anotación en la libreta de viaje:

Miro por la ventanilla y solo veo la línea del mar por todos lados,
es como si esta inmensidad me ahogara con sus distancias tan grises y opacas.
Por qué será que ahora tengo vacía el alma y los pensamientos,
nadie los reside, son habitaciones blancas.
No hay palabras, no hay miradas,
que me contengan para estar aquí,
todo es en vano,
no hay dudas que me asalten,
o distancias que dominen el paisaje.

Todo es solo una simple abstracción.

SEGUNDA PARTE

A medida que se acercaron a las costas mexicanas una sensación de nostalgia fue invadiendo el pensamiento de Lino, la necesidad de una compañía cercana le produjo momentos de pesimismo combinado con sueños absurdos; fue una manera especial de extrañar las noches frías, los rostros de sus cómplices que se refugiaban en ella, vagando entre inauguraciones de exposiciones o galerías de arte, después los bares y cantinas llenas de licor, ahora se extendió por su cuerpo un calor pegajoso.

Para Lino resultó una última noche con evocaciones agolpándose en su interior, así que apuró su bebida, para dirigir la mirada hacia el horizonte, supo qué de allí en adelante su vida tendría un giro hacia lugares insospechados.

Una cálida brisa tropical proveniente de las cercanas costas le acarició el rostro, mantuvo la firmeza de que al final tanto esfuerzo bien valía la pena, además de distinguir en la mente su nombre escrito con letras doradas en el aula magna de la Universidad o en la Rotonda de la Ciencia, bueno el lugar era lo de menos, el asunto era que se escribiera.

Todos se reunieron en la cubierta para ver el paisaje, las costas de Tabasco fueron apareciendo como un horizonte de palmeras que se recortaban sobre el cielo anaranjado de la mañana; el puerto de Álvaro Obregón (hoy llamado Frontera en el Municipio de Centla, Tabasco) fue el primer contacto con un pueblo extraño que vivía cercano a la selva, dominando los elementos de la naturaleza, tuvieron una extrañeza parecida a la del conquistador español en el siglo quince, Hernán Cortés, cuando por primera vez entró en contacto con los pueblos ancestrales de éste continente, solo que ahora la sed se trataba de conocimiento y no de riquezas.

El puerto mostró un gran movimiento, en un embarcadero cercano descansaba una embarcación de vapor impulsado por ruedas de paletas que dominaba el lugar, tenía en la parte trasera un letrero con el nombre de *Clara Ramos*, por cierto, ésta fue la última vez que esa embarcación estuvo en el puerto ya que tuvo un percance en el mes siguiente (mayo)

También había otras embarcaciones pesqueras de menor calado que la rodeaban, así como unas barcas alargadas que los lugareños llamaban *cayucos* y en ellos se trasladaban de un lado a otro, estas eran utilizadas como medio de transporte común, debido a que en estos lugares existían muchos ríos y lagunas que eran verdaderos caminos líquidos, según decían los planos cartográficos del Capitán McRull.

Después de atracar en el puerto, la tripulación y algunos de los científicos bajaron a tierra para comprar provisiones; regresaron atiborrados de: frutas, verduras, pan, pescados y una que otra artesanía no muy común en los Estados Unidos, en fin, este viaje singular se vivió siempre de sorpresa en sorpresa.

Un muchacho caucásico de piel bronceada por el sol, y de complexión esbelta se le acercó al Capitán McRull, dialogó largo rato con él, después tomó su bolsa de viaje, se encaminó hacia el interior de la goleta, pasó muy cerca del lugar en donde estaba sentado Carl y le dirigió una mirada, a la que respondió con una sonrisa e inclinó la cabeza, después de todo no era feo el extraño caucásico.

Éste se detuvo un instante y se quitó la gorra para responder galante el saludo. Con paso decidido se internó en la zona de las máquinas. Carl fue el único en percatarse de esta presencia que estuvo fuera de los cálculos de Lino hechos en el inicio del viaje, se trataba de un marinerillo común, y no de alguien que le pudiera generar desconfianza.

Hacia la tarde se internaron por el río Grijalva con rumbo hacia el sur, la magnificencia del trópico húmedo se desplegó frente a sus ojos, al mismo tiempo un viento caluroso acarició sus caras. Trinos de aves y bramidos de monos aulladores fueron acompañando a la embarcación que se internó en la selva dejando un blanquecino rastro de vapor tras de sí.

La oscura bóveda desbordante de estrellas descendió como un telón de fondo en este inédito paisaje, se escucharon otros sonidos lejanos que provocaron escalofríos en todos los tripulantes. Atraídos por las luces artificiales del barco los insectos fueron encargados de darles una alborotada bienvenida.

—Nunca había visto tal cantidad de insectos, deberías de tomar algunos para la colección del Museo; oye chico deja de haraganear y ponte a trabajar ¿no era acaso eso lo que querías?, —le indicó Lino a Carl que dormitaba en un camastro cerca, sirviendo esto como un pretexto para hacerle hostigoso el viaje.

Después hizo extensiva la invitación para cada miembro de la expedición, así que se dieron prisa en atrapar: mariposas nocturnas, moscardones, mosquitos y otros insectos que revoloteaban alrededor de las lámparas donde hipnotizados por un frenesí lumínico, fueron invitados a morir al roce de la luz, despedazados entre las manos torpes de los participantes, o lentamente agonizando en frascos de cristal que sirvieron como un medio de transporte hacia la posible sacralidad de un Museo.

La embarcación se detuvo frente un pequeño caserío llamado San Fernando para pasar allí la noche, todos nos encerramos en la sala principal para degustar la cena. En las profundidades del barco ocurrió otro hallazgo, los marineros encontraron el cuerpo de Sylvia, debilitada por el hambre. El Capitán ordenó su traslado al camarote de curaciones, donde fue atendida para su recuperación y poder responder sobre su paradero.

La imagen borrosa de Alex apareció en el campo visual de Sylvia, que aún confusa por el desmayo logró ordenar sus pensamientos.

—¿Hey muchacha cómo llegaste aquí?, —le preguntó el Capitán McRull.

—Ah, conocí al doctor Lino en un bar de Nueva York, él mencionó sobre este viaje eso me pareció una invitación, dijo que tenía un sentimiento especial por mí y por ese motivo lo seguí hasta el barco, lo demás ya lo saben, —fue bajando el tono de la voz, hasta que solo masculló unas palabras sin sentido.

Todas las miradas se dirigieron hacia Lino que, sin poder hablar, miró pasmado la escena, no pudo creer que esa mujer lo hubiera involucrado en tal patraña.

—Será mejor que la dejemos descansar, ya tiene suficiente con todo lo ocurrido, ¿no es así doctor Brahe?, —señaló Alex con una voz seria, apuntándole al pecho con su dedo índice, y mirando de frente a Lino que rehuyó la respuesta.

—Si, tal vez sea lo mejor, —fue lo único que pudo agregar el Capitán McRull, todavía absorto por el hallazgo.

Héctor le hizo ver a Lino que aquella mujer por su aspecto, no podía ser su amiga a lo que recibió como respuesta que se trató de una aventurilla, y esta derivó en un hecho irresponsable de su parte al colarse en la goleta como polizón.

—¿Entonces la conoce sí o no?, —insistió Alex molesto sujetando por el brazo al escurridizo Lino que trató de abandonar el lugar.

—Estoy pensando en eso, y cuando lo descifre les daré una respuesta satisfactoria a todos los aquí presentes.

No hubo más palabras; para el cuidadoso Lino los acontecimientos se le salieron de control y fue tiempo para qué recalculara el viaje en el silencio de su camarote, acompañado por una botella de licor inglés. Por otro lado, jamás encontró una respuesta satisfactoria sobre si había alguna relación afectiva con Sylvia porque ésta nunca existió, eso fue una intimidad pasajera y nada más.

La goleta arribó a la ciudad de Villahermosa, la capital estatal; misma que pareció surgir de la espesa neblina húmeda que presagió un día caluroso, según comentarios de la tripulación que se regocijaron al vernos tan acalorados y alterados.

Alex sacó un pañuelo y secó las gruesas gotas de sudor que recorrían por su frente, mientras miró detenidamente el embarcadero y un sencillo malecón cercado por deslavados edificios de dos niveles que se extendían hasta la rivera de río, sobresaliendo además algunas casonas altas con techos cubiertos con tejas francesas (llamadas planas y traídas como lastre en los barcos de carga)

Sobre el río se amontonaban los llamados *cayucos* conteniendo: leña, frutas, carbón, animales y otras mercaderías propias de estas tierras; una típica mañana en un puerto fluvial del trópico, con el bullicio de su gente congregados en el muelle y en las calles ribereñas bañadas por los rayos del sol que poco a poco se fue adueñando de todos los rincones.

El silbato de la Kassandre anunció su llegada, y se fue acercando con lentitud hasta tocar el muelle; como de costumbre los primeros que bajaron fue la tripulación que la sujetaron con unas cuerdas al sencillo muelle de madera, colocaron la escalerilla para el descenso de pasajeros.

Por momentos Lino dudó en bajar, pero las caras morenas de esas personas le parecieron amigables, así que caminó internándose entre las calles, todos le miraban al pasar sin ocultar su curiosidad.

—Yo creo que la gente de este lugar me mira por color de la piel, o será por mi ropa, o creo que ha ser por el cabello claro, bueno ya sabré el por qué más tarde, —especuló acariciando su barbilla.

Caminó hasta un emplazamiento que llamaban La Plaza de Armas, un espacio contenido por casonas de uno y dos niveles delimitado el lugar, en la parte del jardín tenía unas bancas de mampostería, donde los lugareños descansaban o platicaban dejando pasar las horas en una total tranquilidad provinciana.

En las esquinas se apreciaban unos curiosos arbotantes con cuatro dragones sosteniendo entre sus fauces una esfera de cristal. Un edificio central de color gris y de mejor factura dominaba el lugar, tenía una cúpula central coronada por una estructura que contenía un reloj.

Algunas muchachas que atravesaban el lugar le sonreían amablemente a lo que correspondía con otra, y unos muchachos curiosos trataron de iniciar una plática con él, logrando sacarle solo monosílabos, debido a que le fue un poco complicado entender su manera especial de hablar el castellano.

Se dejó caer en una de las bancas para disfrutar del espectáculo que ofrecía de forma gratuita el lugar. En el centro observó con detenimiento un curioso kiosco de fierro de arquitectura rebuscada en su estructura, con una techumbre en forma de capuchón, que no tenía la más peregrina idea para qué era utilizado.

Una apacible calma lo invitó a la tranquilidad y a permanecer más tiempo observando como las horas se deslizaban en el reloj que por aquellos momentos le hicieron recobrar el sentido para regresarlo a la realidad al repicar las campanas anunciando el mediodía.

Lento y muy caluroso fueron avanzando las horas hasta que se hizo insoportable la estadía en el lugar, ahora reinaba el silencio por las calles que se vaciaron, pasados los minutos pudo darse cuenta de que mientras observaba distraído la arquitectura circundante una persona lo vigilaba sigilosamente. Como lo había hecho antes, de sorpresa salió Carl a sus espaldas.

—Doctor Brahe, le vengo a decir que un hombre extraño lo ha vigilado desde temprano, —le murmuró con voz baja.

En efecto un hombre robusto y de piel clara, los miraba desde una prudente distancia. Sin temor Lino avanzó hasta él, preguntándole en su medio castellano.

—¿Quién es usted, buen hombre?

—Soy Carlos, así me llaman los que me conocen y los que no me conocen, también, —respondió el extraño con una voz fuerte, este personaje era Carlos Pellicer que para esas fechas se encontraba en Tabasco.

Sus palabras claras resonaron como un trueno, lo mismo su mirada que se clavó hasta lo más profundo de Lino que sintió como si le hubieran atravesado por la mente, imágenes de lugares aún no visitados, un escalofrío recorrió su espalda y nervioso respondió.

—Perdón buen hombre, espero que no se sienta ofendido, pero no sé a que viene su misteriosa vigilancia, y disculpe nuestra desconfianza, como verá somos extranjeros, no conocemos a nadie porque estamos en camino hacia el interior.

—Más a mi favor señor extranjero, yo soy la persona idónea para comentar sobre este lugar. Soy el traductor de los sonidos que provienen de la selva, porque cada flor, cada piedra, tiene un lenguaje especial con el que cuentan sus historias de selva, —contestó el personaje llevando su sombrero de palma al pecho.

—Selva, dice usted señor Carlos, eso es precisamente lo que nosotros estamos buscando, —respondió Lino entusiasmado, mientras extraía del pantalón una destartalada libreta de viaje en la que buscó un dato.

—Buscamos las *K'aaxtuun* (Piedras de Selva) que posiblemente usted como sabe hablar con la selva quizá nos pueda orientar sobre su paradero.

—Muy bien mi querido amigo extranjero, lo de hablar con la selva me refería en el sentido metafórico, soy un entusiasta de la arqueología, y sé cuando alguien anda detrás de piedras antiguas escondidas en la selva, como usted.

Los rostros de los dos viajeros se sonrojaron no supieron si a causa del calor o por las palabras vertidas por aquel hombre extraño, vestido impecablemente con un traje de lino blanco que de alguna manera adivinaba los pensamientos. Aceptaron su invitación para tomar cervezas en una cantina cercana a la orilla del río, en un sitio que se le conocía como *el barranco*.

La Ley Seca que impuso el régimen del gobierno local prohibió el comercio de alcoholes, pero la cerveza no estaba considerada como bebida alcohólica por lo que la invitación incluía saborear unos frescos tragos de esa bebida espirituosa.

Al calor del medio ambiente, y de la bebida se fueron adentrando en pláticas cada vez más profundas, que viajaron desde historias lugareñas, cuentos de aparecidos y fantasmas, hasta leyendas de ciudades perdidas en la selva que eran protegidas por guardianes insólitos; seres míticos que se convertían en jaguares durante el día y fieros guerreros en la noche. Las palabras de Carlos dejaron en claro que la selva tenía cosas que debían tomarse con respeto.

—Existe una leyenda local sobre seres que habitan en la selva, unos *kanan-Baalán* (Jaguares guardianes) y se les reconoce por su tamaño, ellos cuidan celosamente cada rincón de quienes perturban la paz de estos lugares o que no entienden el idioma de la selva, terminan por desaparecer, pero sé de buena fuente que los Guardianes los llevan hasta una ciudad donde son engullidos por esta, —dijo Carlos con tono misterioso.

—Pierda cuidado amigo Carlos, sabemos cuidarnos de dichos seres ya que contamos con la compañía del mejor cazador de este continente, por otro lado, nuestra intención es no perturbar la tranquilidad de la selva, porque nuestra finalidad es exclusivamente científica y no lucrativa, —respondió Lino de manera categórica asentando la botella de cerveza con fuerza sobre el tablón que servía de improvisada mesa.

Para esas horas Carl estaba mareado y cayó de bruces sobre el tablón, descasó por largo tiempo haciendo caso omiso de lo ruidoso del *lugarcito*. Antes de que los humores comenzaran a sobrepasar la tranquilidad, Lino y Carlos llegaron a la conclusión de que en otra ocasión continuarían con esa acalorada plática.

A manera de despedida Carlos dijo: —Recuerde amigo, la vida se desarrolla a través de un camino, en la mayoría de los casos uno equivoca el rumbo, pero finalmente es el destino quien nos lleva de la mano a donde él quiere, hoy estamos aquí, mañana no sé dónde amaneceremos, tal vez más allá de las estrellas.

De manera tambaleante y cargando casi por completo a Carl, regresaron anocheciendo con mucha dificultad a la goleta; la tripulación fue en su ayuda, al borrachín lo dejaron recostado sobre un sofá y a Lino en un sillón. A la mañana siguiente el barco inició su viaje por el río dando la vuelta con rumbo hacia el norte, para buscar un lugar llamado *Tres brazos* que antes habían pasado.

La luminosidad del sol hirió los ojos de Carl, así que medio se incorporó para alcanzar tembloroso un vaso con agua, fue la primera cruda en este lugar y le pareció espantoso para repetir, después de recuperar los sentidos, se dio cuenta de que estaba en ropa interior en su camarote, descubrió un cuerpo de espaldas muy cerca, quedó sorprendido al liberar el rostro del acompañante de lecho.

—Doctor Brahe, ¿qué hace usted en mi cama?, —preguntó sobresaltado, poniéndose de pie, y mirando alrededor para comprobar que estaban solos.

—Tiene que irse a su camarote, ya es de día, estamos en el camino hacia otro lugar, doctor, doctor, ¡despierte ya!, —vociferó desesperado Carl.

—Hey chico deja de armar tanta bulla, ya te escuché, además quién te manda andar espiándome y ahora que lo recuerdo ¿No estábamos tomando cerveza en una taberna con un tal Carlos?, ¿Que se hizo?, ¿Cómo demonios llegué a tu camarote?

—Yo no sé, pensé que usted sabía eso, o estaba demasiado borracho para recordar que hicimos.

—No te alteres y dime que soñamos eso que pasó, —Lino no esperó respuesta, lo atajó hasta replegarlo contra el muro, por eso Carl tuvo que mirar hacia otro lado porque su aliento era espantoso y escaso de ropa.

—No doctor, estuvimos hablando con ese tal Carlos, pero yo no entendí sus cuentos, y cómo llegó usted hasta aquí, tampoco lo recuerdo, ahora, váyase.

Lino se medio vistió y llevó sus manos a la cabeza, como queriendo apaciguar el dolor que le provocó la resaca, tomó la camisa y se encaminó hacia su camarote no sin antes echar un vistazo hacia un espejo donde pudo ver la espalda de Carl, a manera de triunfo esbozó una sonrisita. Ya en su camarote se acercó a la ventanilla constatando que afuera el día resplandecía y la selva se fundía con el cielo.

Ante el gratuito espectáculo de la selva, salió a la cubierta para quedar deslumbrado con el color amarillo de las flores en algunos árboles, se sirvió un vaso de agua de naranja y le dio un buen trago. Casi hacia la tarde la goleta llegó al lugar donde se juntaban tres ríos: el Grijalva, el Usumacinta y un afluente de este. Con un gran giro se internaron por el Usumacinta, el embelesamiento fue roto por el silbato y el grito de Froy: —¡Nos aproximamos a un poblado ribereño, y parece que hay problemas, veo humo negro saliendo por arriba de los árboles y vienen gentes en sus canoas!

En efecto, sobre la ribera del río entre una humareda apareció un caserío o más bien lo que quedaba de éste; algún tipo de calamidad le había ocurrido, algunas casas humeaban y otras estaban siendo consumidas por el fuego, también había otras reducidas a un montón de cenizas. Columnas de humo negro se elevaron a las alturas formando un oscuro brazo que se perdía entre las nubes.

Voces distantes fueron aclarándose a medida que los cayucos, se acercaron a la goleta; entre el alboroto y gritos, los lugareños explicaron a la tripulación lo sucedido, para continuar remando río abajo, como huyendo de un acontecimiento siniestro.

—Capitán, creo que esta gente nos trata de advertir sobre un suceso extraño que los atacó, fue un castigo que cayó del cielo ellos le dicen *haast' chaák* (rayo), no se les puede entender más, debido a su agitación, será mejor que primero bajemos nosotros para echar un vistazo y a continuación los doctores a ver qué pasó realmente, —señaló Froy muy alterado.

—Muy bien señor Froy, prepare un desembarco, Doctor Brahe será mejor que nos acompañe, esta gente es muy supersticiosa y les da otros nombres a fenómenos

naturales, usted lo entenderá mejor, —instruyó el Capitán, señalando hacia el caserío humeante.

El lugar lo encontraron semivacío a no ser por los animales de corral que deambulaban por los solares, fue un paisaje devastado. Se movieron a través de una gruesa cortina de humo buscando sobrevivientes, además de tratar de encontrar una respuesta a lo que había sucedido; llegaron hasta un montículo de tierra donde ardían los restos de una estructura de mampostería, probablemente un templo o edificación de importancia debido a su posición con respecto al resto de las edificaciones.

Caminaron entre aquella desolación hasta que oculto entre unos matorrales encontramos a un joven lugareño con el cuerpo humeante que presentaba huellas de quemaduras en sus ropas, y en algunas partes del cuerpo, se encontraba sin sentido por lo que el Capitán McRull decidió llevarlo a la goleta para auxiliarlo.

—Ahora esa mujer negra, el extraño marinerito y este indígena lugareño son los pasajeros no incluidos en la lista original de Lino, ¿para qué le servirán en lo futuro?, no tengo la menor idea, —pensó Carl, mientras se rascó la cabeza.

El lugareño sin sentido fue acomodado en una cama improvisada para que fuera atendido por Alex que enseguida procedió a limpiarle las quemaduras, y comprobar que eran leves, recortó la ropa quemada para dejar al descubierto el pecho, un espectáculo agradable a la vista del médico que detuvo por momentos su labor para apreciar la imagen.

La Kassandre comenzó a desplazarse de nuevo por las tranquilas aguas abrazadas por un fuerte olor a carne quemada y humo que se mezcló en el aire; navegaron de nuevo siguiendo el río con rumbo hacia la población de Jonuta, cabecera del municipio con el mismo nombre. A la distancia se pudo divisar aún la gran columna de humo que se arremolinaba en el cielo; una rara tragedia en este lugar tan extraña, como insólito resulta sobrevivir en estas tierras extremas.

—¿El humo y las nubes parecen formar como un árbol, incluyendo su tronco y sus ramas, no lo cree Doctor?, —pregunto Héctor desconcertado.

—Según leí en un libro de botánica, existen en esta zona tropical del continente algunas especies que alcanzan grandes alturas, entre ellas hay una especie en

particular, se le conoce como Ceiba, fue considerado un árbol sagrado por la cultura Maya y esta nubosidad se le parece un poco, —apuntó Carl adelantándose de botepronto a la posible respuesta que Lino tuviera.

—Vaya, vaya, parece que el buen Carl, se entretiene leyendo últimamente; a decir verdad, la Ceiba es un árbol mítico que la cultura Maya le atribuía un sinnúmero de leyendas, además de considerarlo como sagrado, —agregó Lino en forma burlona y llevándose las manos a la cintura, como un jarrito.

Sus palabras reunieron a todo el grupo de exploración y algunos tripulantes, que siguieron con mucha atención cada una de las historias, lanzando voces de admiración cuando enfatizaba una frase sobre algún hecho escalofriante, la mayoría de ellas producto de su pródiga imaginación, otras tomadas de libros de historia sobre el anciano pueblo Maya que habitó esta zona en un pasado distante.

Aprovechando la distracción que Lino le ofreció a la totalidad de los expedicionarios y tripulación de la goleta, Carl se fue acercando hasta la puerta que conducía a la zona de camarotes donde se encontraban Sylvia y el lugareño recién traído a bordo.

Con mucha curiosidad entró sigiloso al camarote donde estaba el muchacho acostado sin sentido a causa de la inyección tranquilizante que le había suministrado el Alex, paseó la mirada por todo el cuerpo que poseía un color moreno que le atrajo la mirada, así como su torso desnudo que se expandía al compás de su respiración.

Estaba absorto con el espectáculo, nunca había visto nada parecido en su vida, pero lo que más le atrajo fue el color de su piel. Pudo comprobar por qué el médico no resistió pasear la mirada por ese cuerpo, se acercó lo suficiente para observar sus facciones que a pesar de ser un muchacho oriundo de estas tierras eran suaves, cuando movió la mano para acariciarlo, los pasos de alguien que se acercó por el pasillo le hicieron abandonar la observación.

A la salida del camarote fue interceptado de golpe por el marinerito que le retuvo con fuerza por el brazo: —Señorito, no debería andar solo por esta zona de la embarcación, podría tener un percance con los fierros, es mejor que esté arriba con sus compañeros científicos.

—Muy bien eso pretendo hacer, pero tú me tienes detenido por el brazo, si haces el favor de soltarme podré regresar con mis compañeros como tú les llamas.

De inmediato lo soltó e hizo una reverencia para disculparse por el atrevimiento de tocarlo, por su aspecto y sus palabras no le pareció alguien de baja condición social, al contrario, pudo advertir un viso de educación en ellas.

La goleta se internó por el río hasta que se fundió con el horizonte de la tarde envuelta en tonos naranja y amarillo, pintada con celajes violáceos; atrás de ellos la noche sombría se hizo presente entre nubes de borrasca y relámpagos lejanos, una llovizna hizo que de nuevo se reunieran en el comedor, terminada la cena Lino empezó con sus clásicas peroratas sobre el viaje, además de estos nuevos viajeros que por lo visto les harían compañía durante la travesía.

Aburrido por el discurso Carl salió a la cubierta a contemplar la llovizna cayendo en la selva y dejó escapar la mente hacia la imagen del muchacho lugareño que de alguna manera atrajo su atención, sin saber exactamente el porqué.

Pero no estaba solo en ese sitio, entre las sombras del fondo estaba alguien más mirándolo o eso fue lo que pudo percibir, a medida que se acercó hacia la sombra esta se escabulló entre los trebejos y desapareció.

—De seguro es el marinerito que anda husmeando a mí alrededor, para ver quién soy, pero en realidad creo que le llamo la atención ¿será eso o es mi atolondrada imaginación?, —pensó el jovencito mientras se aferró a la barandilla para quedarse absorto mirando el paisaje nocturno.

Segunda anotación en la libreta de viaje

No sé qué escribir este día, solo veo la imagen de Carl, deambulando por todos lados, Alexander metido en sus investigaciones y sus reflexiones, los demás solo me parecen seres difusos que proyectan sus sombras cuando pasan junto a mi lado.

Este viaje da la apariencia de ser la búsqueda a la entrada del infierno, estoy decepcionado.

Aquí la oscuridad transcurre lentamente junto a mí,
como si la goleta avanzara pausada con peso muerto encima,
los recuerdos invaden cada rincón, con dificultad se deslizan por todos lados.

Estoy sólo, mirándome al espejo.

TERCERA PARTE

El trayecto para llegar a la población de Jonuta les tomó el resto del día a causa de la lentitud con la que avanzó la goleta, también por la gran cantidad de ramas y troncos que bajaban por el río; así que con ese tiempo se dieron a la tarea de preparar todo lo necesario para enfrentarse a una posible expedición por la selva a pie, ya que según unos planos improvisados no había ninguna otra forma de acceder al punto clave que no fuera de esa manera.

Hacia el anochecer mientras estaban disfrutando del paisaje en la cubierta uno de los muchachos de la tripulación se le acercó a Lino para comunicarle: —Doctor Brahe, el joven lugareño rescatado está volviendo en sí, debe ir a verlo.

En tropel los expedicionarios y parte de la tripulación se fueron para quedar amontonados en la puerta del camarote de recuperación habilitado para el muchacho, deseaban escuchar que diría el lugareño. Lo primero fue preguntarle cómo se sentía a lo que respondió no saber si estaba bien o mal.

—A ver muchacho has un poco de memoria sobre ¿qué ocurrió en tu pueblo, de donde salió el fuego que lo quemó todo?, —preguntó Alex, mientras le colocó el estetoscopio en el pecho para escuchar sus latidos.

—Ahora que me acuerdo, yo estaba parado frente al *Cuyo* (montículo de tierra usado como base para un lugar importante en los pueblos ribereños de Tabasco), que ej La Casa de Mando donde vivía nuestra autoridad, cuando de la nada noj cayó un como una especie de rayo y enjeguida ardió todo, —su voz se hizo agitada por lo que tuvo que parar un momento.

Recuperado el aliento continuó con su relato —Son loj chanequej de la selva que noj castigaron por darles pocas ofrendas ejte año, pero ej que la tierra no ha dado nada de fruta.

—Hey muchacho, cálmate y escucha, no hay *chanes de la selva* o como se llamen, son solo creencias; dime: ¿ahora dime cómo te llamas?, —agregó Lino.

Cuando recuperó la calma y con voz entrecortada les hizo saber que se llamaba Juan Méndez y que era originario de ese poblado, por su acento supieron que hablaba un castellano un tanto confuso, como el de los habitantes del Puerto Fluvial y que muchas cosas estarían un poco difíciles de entender; con los ojos enrojecidos por el llanto le preguntó tomando del brazo a Lino.

NOTA.- Con la finalidad de no complicar la lectura al cambiar la s por j que es la manera de hablar de los habitantes de Tabasco, en el resto del escrito regularé la forma de hablar de Juan Méndez.

—¿Dónde están todos mis hermanos de raza y mis abuelos, que pasó con mi pueblo...?

—No hagas más preguntas lo único cierto es que eres la única persona que encontramos en el pueblo, los demás huyeron río abajo. Pero será mejor que descanses un poco más, después nos cuentas lo que recuerdes, —le dijo Lino para tranquilizarlo, así que le colocó una sábana para tapar su mediana desnudez.

—Doctor Lino, ya observó el pendiente que tiene ese joven en el pecho, se parece un poco al que trae Carl ¿No lo cree?, —preguntó Héctor, mientras tomaba delicadamente el pendiente de Juan, que hasta ese momento había permanecido oculto atrás de su cuello.

—Ahora que lo observo tienes razón, es muy parecido, aunque este tiene otra figurita en el centro ha de ser algún símbolo protector, así considerado por las personas de esta zona maya, aunque el de Carl es solo una casualidad.

Antes de que llegara la hora de cenar Héctor y Alex fueron hasta Juan, le preguntaron sobre el simbolismo del amuleto y quién se lo había regalado: —Me lo dio el abuelo y dijo que no me lo quitara nunca, era un protector contra los malos espíritus que viven en todos lados, también aquí en este lugar que se mueve.

Los muchachos de la tripulación que estaban cerca se miraron unos a otros tratando de encontrar una respuesta sobre lo que escucharon, pero solo el silencio respondió. Carl como se encontraba cerca del lugar, logró escuchar su voz, y esa graciosa manera de hablar.

—Mira muchacho, los propósitos de la existencia son muchos y tienen diferentes caras, aunque este amuleto tiene alguna relación con otros que he visto, no tengo idea de que signifiquen en su conjunto, —dijo Héctor pensativo.

Refugiado en sus pensamientos Carl estuvo escuchando al joven lugareño que parecía estar tranquilo, —ante lo adverso del destino nada puede hacer el hombre, solo contemplar cómo pasan frente a él los acontecimientos en una interminable procesión de imágenes unas bellas y otras no tanto, —reflexionó sobre lo acontecido con Juan que ahora no lo podía sacar de sus pensamientos.

Juan Méndez era un joven de veinte años, más o menos, de complexión normal pero marcada en sus músculos, de piel morena, labios gruesos, cabello castaño oscuro, y sus ojos negros eran lo más interesante que tenía en su rostro.

Fue hijo único que se había creado con los abuelos paternos, ya que sus padres lo abandonaron desde muy pequeño; era muy apreciado en el pueblo ya que siempre sirvió de guía a quienes viajaban a otras poblaciones por la selva, la cual conocía como la palma de su mano.

Siendo inquieto desde niño, varias veces se extravió entre la espesa vegetación, pero siguiendo el rastro de las hormigas, pudo regresar a casa sano y salvo. En otra ocasión nadando en el río la corriente lo arrastró varios kilómetros río abajo, sus abuelos lo dieron por muerto, pero apareció unos días después, con la cara sonriente como de alguien que venía de un paseo.

Más grandecito junto con sus abuelos aprendió el secreto de curar con plantas, y reconocer los malos caminos entre las arboledas para no perderse, eso le ayudó tiempo después para estar muy pendiente de cualquier cambio en la dirección del viento o el color de las hojas de los árboles y sobre todo en distinguir los murmullos de la selva, muy necesario si se quiere sobrevivir en este lugar.

Para su edad aún no tenía una mujer cercana para desposarse y tener muchos hijos, como era la costumbre en su pueblo, porque a menudo decía que la otra mitad de su alma vendría de más allá de donde sale el sol, de un lugar donde hay muchos árboles rojos, él sabría quién era desde ese primer día que se vieran y él estuviera viviendo entre sus ojos.

Este dicho le trajo burlas de sus compañeros y bromas de algunos vecinos que lo tomaron por loco, seguro estaban que todo eso eran sueños puestos en su cabeza por los chaneques.

Todas las tardes se mantuvo agachado mirando como el río se ocultaba en el horizonte, según él esperando que su mitad apareciera de un momento a otro, mientras jugaba entre sus manos ese amuleto que pendía de su cuello, así pasó parte del tiempo durante la adolescencia, durante el día esperaba hasta que aburrido regresaba en la noche a la casa de sus abuelos.

Con la mañana hacía sus tareas que le ordenaba su abuela, para regresar en la tarde a la tranquilidad de sus pensamientos a la orilla del río.

Lo último que vio pasar frente a sus ojos fue la casa de sus abuelos en llamas, sus compañeros dando gritos, escapando de un fuego abrazador, su mundo se apagó cuando un leño ardiendo le golpeó la cabeza, después quedó todo en silencio y oscuridad.

En medio de una insistente llovizna atracaron en el pueblo de Jonuta ubicado en la ribera junto al río Usumacinta, que según Lino fue un asentamiento de la época maya que sobrevivió a la conquista; había mucha humedad en el ambiente así que los lugareños se encontraban protegidos en los amplios portales de sus casas que mostraban las puertas y ventanas entreabiertas, dejando ver solo una parte del

interior poco alumbrado por quinqués de petróleo; las calles permanecían semivacías solo algunos aventurados a caballo pasaban por ellas.

En el área central se apreciaban los restos de una construcción que según Juan se trataba de la iglesia del *Cristo Negro*, quemada hace algunos meses por las fuerzas del gobierno. Con mucho respeto se aproximaron hasta el sitio para observar con detenimiento los escombros.

—¿Será que le sucedió un evento parecido a lo que nos relataste, y se lo achacaron a unos revoltosos gobiernistas?, —preguntó Carl un poco receloso.

—No señorito, estos fueron los *Garridistas* que andan quemando todos los santitos de las iglesias, —respondió temeroso el muchacho, que ya andaba entre el grupo como un improvisado guía local.

Decidieron regresar a guarecerse en la cubierta de la *Kassandre* en espera de que la pertinaz llovizna bajara de intensidad, el humo de los cigarros se esparció por la atmósfera, y el cocinero de la goleta preparó café que acompañaron con pan de dulce que se compró en el poblado. La tripulación bastante mojados regresó con algunas mercancías, y frutas que sirvieron de víveres para continuar el viaje.

Juan se acomodó en una esquina mirando receloso a todos los expedicionarios, al acercarse Carl le sonrió, este le preguntó si se sentía mejor y le contestó con la cabeza de manera afirmativa. Le entregó una taza de café que agradeció, esto lo aprovechó para deslizar su mano sobre la de Juan, que no hizo ningún gesto, quedaron mirando hacia el caserío sin decir nada.

El cielo brumoso se iluminó por una luz cegadora parecida a la de un rayo, pero después no hubo ningún sonido; todos se taparon los oídos esperando el estruendo que por lo regular acompaña a un relámpago y las tazas de café volaron por los aires, pero al cabo de un momento regresaron a la normalidad para darse cuenta de que el rayo no había caído, pero lo habían visto bajar a la perfección.

Después de la luz de un relámpago viene necesariamente el golpe seco del estruendo, sin embargo, no cayó el rayo, solo la luz. Esto resultó incomprensible para Alex que no encontró una explicación lógica en el hecho.

—Lino, esto es extraño por completo, si hay luz, debe haber sonido, eso es natural en las tormentas, pero si solo hubo luz y no sonido, quiere decir que la explosión vino de abajo, no de arriba; pero ¿no sentimos la sacudida es como si no hubiera pasado nada, pero todos lo vimos?, —dijo Alex con extrañeza.

—Mírame Alex, en este lugar no siempre las cosas son como deben ser, es una tierra de extraños; que acaso no leíste *Alicia en el país de las maravillas* en tu infancia, bueno así es este lugar, —le respondió moviéndolo por los hombros, la voz de Lino sonó enérgica, pero todos supieron que la falta de un poco de alcohol circulando por sus venas le producía hablar más de la cuenta.

De la nada surgió el fuego en una improvisada estructura con techo de madera que servía como *Casa del Pueblo*, fue un suceso fuera de lo común. Los habitantes del poblado empezaron a dar voces de alarma entregándose por completo a sofocar el fuego; las mujeres rezaban afuera de sus casas y todos los hombres disponibles tomaron agua del río para controlar el incendio; finalmente todo el sitio se redujo a cenizas.

—Capitán, los lugareños dicen que nosotros trajimos la mala suerte al pueblo, que fue un *golpe del sol* lo que incendió la Casa del Pueblo, yo creo que es mejor retirarnos.

—Muy bien Froy de la orden de elevar el ancla, nos vamos de este lugar, espero que tengamos suficiente combustible y provisiones para llegar a la siguiente población, ¡a toda máquina señores!, —gritó el capitán.

La goleta se alejó de la escena para tomar nuevamente el cauce del río Usumacinta, la tripulación se mantuvo nerviosa, no así los científicos que vieron los acontecimientos con mucha templanza, hallando para cada suceso una explicación científica.

Las murmuraciones entre los tripulantes sobre una extraña maldición que pesaba sobre la goleta, y el plano de un tesoro oculto entre la selva fueron mermando la confianza entre todos ellos, que acudieron hacia los científicos para aclarar sus dudas, al final fueron con Lino.

El primero que cuestionó lo inútil que parecía ésta supuesta expedición fue Alan, que le pidió a Lino aclarara de una vez por todas frente al grupo, cuál era el propósito exacto de este viaje en esos parajes solitarios, infestado de mosquitos y con un calor endemoniado porque hasta esos momentos era lo único que habían visto.

—Esto Alan es solo el principio, y creo que hasta ahora no ha pasado nada que nos haga regresar al punto de partida; te diré que estamos en el curso correcto, pronto estaremos frente a un hallazgo sin precedente. Una gigantesca ciudad oculta que construyeron los mayas, más imponente que las conocidas por los hombres hasta ahora.

—Se dice doctor que en esa ciudad hay un tesoro escondido del que sólo los indígenas saben la ubicación exacta, —dijo Alan, secándose el sudor con un pañuelo.

—Eso es solo una leyenda, como todas las leyendas de tesoros escondidos que hay en varias partes del mundo, la verdad es que el verdadero tesoro radica en los conocimientos científicos que nos puede aportar esa cultura ancestral.

—Alguien en la goleta me dijo que el muchacho nativo del pueblo que se quemó sabe mucho más de lo que aparenta, por eso usted lo tomó como guía, y está protegiéndolo para que no diga nada, —puntualizó Alan.

Lino, irritado tomó al cazador por la solapa del saco para preguntarle de dónde había obtenido esa información, al darse cuenta de su acción lo soltó, y dijo que nada de eso era cierto, el muchacho era solo un lugareño que no tenía ninguna relación con la expedición.

Alan se compuso el maltrecho saco, rascó su cabeza y se alejó hasta la orilla dudando de las palabras del doctor, era un cazador feroz pero antes que eso se consideraba un buen rastreador de tesoros ocultos.

Terminada la discusión cada uno tomó por rumbos diferentes con más dudas en la cabeza, este viaje era tan incierto como lo era esta tierra calurosa.

Los pasos de Sylvia sonaron en el piso metálico de la cubierta, ésta se reclinó sobre la barandilla, atrayendo la mirada de los que se quedaron en el lugar, miró con malicia hacia Lino, y echando el humo de cigarro en su cara, le dijo al oído en voz baja: —Doctor Brahe, creo que últimamente está muy nervioso y tenso, una visita por

mi paraíso le haría regresar la serenidad, deje las preocupaciones para otros, tú eres el jefe en esto, ¿no es así?

—Sylvia, mejor dime de una vez que quieres de mí, no te andes con rodeos, dinero, joyas o qué demonios pides, soy un hombre de palabras directas.

—Ves como tengo razón, suenas muy tenso, deja que el tesoro llegue a ti de manera fácil, no lo persigas porque puedes perderlo todo, mi cielo.

—Otra vez lo del dichoso tesoro, no existe tal cosa y no tengo idea de quién sacó ese rumor, estamos buscando una ciudad, entiéndalo se trata de un sitio con un tesoro de conocimientos, allí pueden estar los manuscritos para curar muchas enfermedades que están destruyendo a la humanidad, —agregó malhumorado Lino.

—Oye, deja ese discurso para tus amables seguidores, recuerda que yo soy tu invitada a este viaje, o ¿no doctor Brahe?

Muy nervioso Lino le respondió que no era su invitada, solo era alguien que no debía de estar en ese viaje, apuró el cigarrillo y lo arrojó hacia el agua.

—Bueno, por lo visto no es el momento de hablar con usted, ya se le pasará el enojo y me dirás todo lo que debemos compartir, adiós, que descanse doctor Brahe.

Ella tiró el cigarro a los pies de Lino y se adentró en el pasillo, dejando un rastro de humo que la siguió, fue en esos momentos cuando tuvo un cierto parecido a la figura de la sacerdotisa *Cassandra* (la que enreda a los hombres) que apareció en la imaginación de Lino.

—Será mejor que se cuide de esa mujer, señor Lino, tiene un soplo extraño a su alrededor que da mucho miedo, a veces veo que un ser oscuro anda atrás de ella, puede ser la señora muerte, mejor ándese alejado, —le murmuró Juan con su castellano mal hablado, y un dejo de preocupación detrás.

El antropólogo Héctor y el arqueólogo Julio pasaban largas horas en el laboratorio que tenía una biblioteca a su lado, examinaban información que les fuera útil para descifrar los símbolos pintados en un viejo códice que venían trayendo desde algún tiempo. Por fin concluyeron en un punto cierto, los colgantes de Carl y Juan tenían una relación importante en todo esto o al menos formaban parte de algún talismán antiguo que aún no podían decodificar por más que buscaban.

Varios de los textos que consultaron mencionaban que las culturas mesoamericanas consideraban a los sacrificios humanos como parte importante de las festividades religiosas, la sangre era el vehículo para acercarse a los dioses. Estos símbolos dibujados en los dijes no se les veían conexiones con la simbología utilizada por los mayas, sin embargo, había un extraño destello que los hacía atractivos.

—Este libro se refiere a una especie de sacrificio humano en el cual la víctima era ofrecida viva, se le llevaba a una caverna, o sea a la entrada del inframundo llamado Xibalbá y allí desaparecía sin dejar rastro.

—Yo creo Julio, que posterior a su muerte los sacerdotes regresaban para deshacerse del cuerpo secretamente, y al pueblo le decían que los dioses se habían llevado al pobre elegido, todo esto me parece tan salvaje, —respondió Héctor señalando uno de los dibujos antiguos que ilustraban un viejo códice.

—Mira, la mayoría de los sacrificados entraban en un trance provocado por la ingesta de algún psicotrópico vegetal, así que nunca sabían si era la realidad o un sueño lo que estaban viviendo, por otro lado, esto les ayudaba a no sentir dolor, así que nadie gritaba o se quejaba a la hora del sacrificio.

—Está bien, eso lo comprendo, de lo que no tengo idea es esto querido Julio, ¿qué son las k'aaxtuun? mencionadas en este otro texto, —preguntó expectante el antropólogo, que no dejó de hojear varios libros a la vez.

—Creo haber visto esa palabra en un escrito antes, déjame buscarlo para mostrarte y descifrar que son las k'aaxtuun.

Julio sacó de entre un paliacate una estropeada libreta empastada en cuero que mostraba en entre sus páginas amarillentas un plano con imágenes descoloridas que describían un lugar mítico; era el antiguo diario de un viajero danés llamado Jurgenss Barthold que pasó una buena parte de su vida buscando ciudades perdidas de la cultura maya durante el siglo diecinueve, hasta que no se supo más de él, declarándose oficialmente perdido en marzo de mil ochocientos treinta.

—Esta es la libreta de apuntes perteneciente a Barthold la encontré dentro de un viejo estante en la bodega de cierto anticuario en Nueva Jersey, el comerciante no sabía que adentro existía un compartimiento secreto con este objeto; sin saber de qué

se trataba me lo vendió por veinte dólares, —expresó Julio, y comenzó a traducir las anotaciones.

Hoy día catorce del mes de mayo del año de gracia de mil ochocientos treinta, he llegado hasta donde está el centro de todo el universo de los mayas, hay un gran árbol de ceiba en su médula; me encamino hasta quedar parado frente a un templo que aún conserva toda la magnificencia del pasado.

La única manera de acceder al Xibalbá es a través de las fauces del monstruo que sirven de puerta; la llave que la abre son las que los naturales de estas tierras denominan como: “k’aaxtuun” o “piedras de la selva”.

Después he descendido con mucho cuidado por unas empinadas escaleras hasta el barranco con espinas; frente a mi han aparecido dos ríos y uno de ellos parece ser de sangre, pero más bien considero de que se trata de un sedimento de cinabrio que contiene.

Gracias a unas maderas construí una improvisada balsa para cruzar estos ríos. Del otro lado hay cuatro caminos de colores: rojo, blanco, amarillo y negro.

Solo el último conduce hasta la sala del consejo de los Señores de Xibalbá allí se puede ver más allá de lo que uno quisiera saber.

Observo cómo se miran entre sí mientras en el centro del salón brota una luz que me ciega...

—Este hombre no terminó su viaje o al menos no continuó escribiendo lo que vio, por lo que puedo deducir que tal vez se le acabó la tinta, —expresó Héctor mirando sonriente a su amigo.

—O a lo mejor lo mataron antes de terminar de escribir todo esto, no logro comprender de dónde sacó lo de la luz cegadora en un salón, —afirmó el otro golpeando con el puño el escritorio de trabajo.

—Lo que si te puedo indicar es que esta famosa puerta al inframundo está situada al oeste, y de acuerdo con mis cálculos la encontraremos señalada en alguna

cueva con pinturas o esculturas estucadas en color negro, que según la Mitología Maya tiene como señalamiento el color que representa al Oeste.

El compañero no supo que decir a eso, por lo que agregó que tal vez Barthold hablaba de un templo escondido en la profundidad de la selva o todo fue producto de la imaginación acalorada de un explorador europeo, ellos a veces veían cosas que no resultaban tan ciertas.

—Lino sabe algunas cosas que no quiere compartir con nosotros, tal vez eso cierre la investigación, —comentó Héctor para finalizar la plática.

Regresaron de nuevo a la búsqueda de otros libros donde se dijera la existencia de unas piedras especiales que tuvieran la capacidad de servir como una llave para abrir el portal hacia el inframundo. Fueron pasando sus escrupulosas miradas por los lomos de diversos libros que estaban en el lugar sin encontrar alguno que sugiriera posibles respuestas.

Una etapa de mutismo se apoderó nuevamente del lugar, la mayoría de los otros expedicionarios permanecieron ensimismados dentro de sus camarotes. La oscuridad selvática envolvió el horizonte dejando ver las estrellas de forma tan nítida que parecían estar a corta distancia. Las luces de la goleta se proyectaron sobre el río que corría apacible; los insectos que ya no eran novedad se agolparon en las lámparas ubicadas en la cubierta, la Kassandre empezó a disminuir el movimiento hasta ser un avance lento, y para ese momento el calor hizo aún más pesada la jornada.

Todos acudieron a la cita para cenar en el salón comedor, allí aprovecharon para comentar diversos temas del agrado general, fue como si trataran de evitar hablar del viaje, eso hizo que Lino se comportara de manera un tanto incorrecta al responder algunas preguntas, y dejó ver su patente nerviosismo. Al finalizar la cena salieron a la cubierta libre de mosquitos para admirar la noche.

—Miren amigos, en el cielo hay otro cometa como el que vimos en el océano Atlántico, pero este es más brillante, —exclamó Héctor señalando el astro que cruzaba en esos momentos por el horizonte.

En el cielo nocturno se dibujó la figura del cometa que ocupaba una parte mínima de la bóveda celeste, les pareció que se movía a gran velocidad hacia el sur

ya que en unos cuantos minutos invadió parte del cielo, por su trayectoria se podía deducir que se dirigía hacia el sol, o eso fue lo que pensaron todos en algún momento; porque eso era científicamente lo correcto, sin embargo, dio la apariencia de acercarse hacia la tierra.

Debió existir una explicación lógica sobre esa visión que Lino utilizaría para tranquilizar a los consternados expedicionarios, expuso que tal vez por la curvatura de la tierra se podía observar un espejismo celeste que diera la apariencia de que un objeto se acercaba, pero que en realidad solo pasaría muy lejos de nosotros. La respuesta pareció tranquilizar a algunos, pero a otros menos letrados en la ciencia solo les causó confusión.

—¿Que cree usted señorito científico que sea esa terrorífica estrella?, —preguntó el marinerito que se acomodó cerca de Carl, mirando hacia el cielo.

—Pues eso es un simple cometa y no tiene nada de terrorífico.

—Me llamo Svan y estoy para servirle a usted, me puede solicitar cualquier cosa que desee, —y dejó ver sus dientes a través de una amplia sonrisa.

—Gracias, tú ya sabes cómo me llamo, y por el momento no tengo servidumbre para mandar, así que no te apuntes en ese trabajo, —no dijo más, con cierta altivez se dio la media vuelta, y fue directo hasta donde estaba Juan con la cabeza apoyada en el barandal de la cubierta.

Con distancia de por medio, regresó la mirada hasta donde Svan continuaba mirándolo, lo único que se le ocurrió fue mandarle una sonrisa, y una inclinación de la cabeza, fue una señal ambigua de decir que aceptaba la propuesta.

El lugar fue invadido por un sonido que provino de lejos, escucharon ritmos de tambores, acompañados por personas dando gritos, como en una especie de ritual; las luces rojizas y las columnas de humo señalaron los sitios donde se celebraban estos, en medio de la selva oscura.

—Señorito Carl, en mi pueblo una estrella como esa, solo trae desgracia por eso la ahuyentan con tambores y gritos, —interrumpió Juan, parándose muy cerca de Carl como una respuesta al instinto de sentirse amenazado por un suceso incomprensible.

—Discúlpame muchachito tonto, pero esos son puros cuentos, en los libros se dice que esas estrellas se llaman cometas, y son cuerpos celestes que están atrapados por el Sol en una órbita muy amplia como los planetas, y las lunas, nada tienen de especial, ¿o acaso tienes miedo?

—¿Miedo yo?, que va, soy muy machito, siempre que voy al pueblo por el río lo hago solito, no tengo miedo a nadie; solo te estoy contando lo que dicen mis mayores, —contestó el muchacho dejando notar su vergüenza por reflejar que muy adentro sí sentía temor, por todo lo que pasaba.

—Si sientes miedo puedes quedarte aquí conmigo, así yo también me sentiré seguro, porque tú me cuidas a mí y yo a ti, —indicó Carl sacando el pecho en señal de mucha fortaleza, y arqueando una ceja en una actitud asimilada a través de ver las películas de moda donde los galancetes recurrían a esos truquillos.

La risa por las palabras pronunciadas, hicieron que Lino viera la escena con desagrado, esas cosas de arrumacos no eran de su gusto. El resto de ellos parecieron no darse cuenta del hecho y continuaron con sus pláticas, observando de vez en cuando el cuerpo celestial que surcaba la noche.

Así permanecieron todos en la goleta hasta entrada la madrugada cuando los venció el cansancio; pese a ello, una especie de complicidad nació entre los dos jovencitos que prefirieron quedarse por algún tiempo, muy juntos en la barandilla.

Ese resto de la noche Juan terminó durmiendo en el suelo del camarote de Carl, ya no era miedo lo que hacía buscar su compañía, se trató de una relación amistosa que mucho tenía de afecto en el fondo.

En la tranquilidad del lugar, Carl estuvo despierto, mirando la tranquilidad reflejada en la respiración de su acompañante que sin ninguna pena se había quitado la camisa para dormir, el muchacho nativo tenía ese atractivo visual que le atrajo, pero aún no tenía idea de porque era eso.

Esto lo fueron aceptando su acercamiento como un evento fortuito que la selva les obsequió, entre la incertidumbre de esta travesía. Juan significó para Carl un remanso de fraternidad entre la conmoción cotidiana.

En el cielo, el cometa adquirió grandes proporciones y pareció estacionarse sobre la copa de los árboles, pero solo Svan fue testigo de este extraño comportamiento, algunos animales nocturnos elevaron el nivel del sonido ambiental en la selva; la luminosidad se hizo intensa, después quedó un brillo en el horizonte, un especial siseo inquietante persistió en el paisaje, el firmamento recobró su estado natural. Este no le dio importancia al suceso porque había visto muchos eventos prodigiosos durante su corta existencia, así que se retiró a descansar.

Durante la mañana consiguieron llegar hasta un pronunciado meandro del río para encontrarse después con un playón de arena que los lugareños usaban como un lugar de recreo, allí pudieron refrescarse por espacio de varias horas; todos los tripulantes saltaron al agua como verdaderos infantes, corrieron por el lugar hasta detenerse frente a la selva que constituyó un muro verde que les impidió adentrarse entre la espesura de los árboles.

Algunos expedicionarios y el Capitán McRull, se quedaron en la cubierta sentados en los sillones en espera de que el tiempo se fuera rápido y regresaran al viaje. Svan se despojó de su camisa y enrolló sus pantalones para meterse al agua de un salto desde la rama de un árbol, fue una especie de valentonada para llamar la atención de Carl, pero solo logró arrancarle una sonrisa y lo miró despreocupado desde lejos.

Cuando Svan salió del agua, Carl lo miró por el rabillo del ojo que mantuvo oculto detrás de unos lentecillos oscuros, también Juan se dio cuenta de la distracción, así que este actor secundario prefirió mirar hacia otro lado, haciéndose de la vista gorda, se incorporó y le tendió la mano a Carl, haciéndole una señal de seguirlo con la cabeza.

Lo llevó hacia unos arbustos, para internarse entre la maleza hasta llegar a un arroyo afluente del río, donde se acomodaron entre las piedras; dando rienda suelta a la imaginación empezaron a especular sobre el viaje y las vicisitudes ocurridas.

—¿Crees que todo lo que nos pasa es por casualidad?, o ¿acaso tus dioses están jugando con nosotros?

—No señorito, esas cosas pasan porque los espíritus de la selva no quieren que lleguemos hasta el lugar donde se juntan las k'aaxtuun.

—Bueno eso dices tú, pero yo creo que se trata de fenómenos naturales que tienen una explicación científica. Por cierto, esa cosa que tienes en el pecho se parece mucho a la mía ¿será casualidad?

—No, son piedras que hicieron los Dioses antes de que naciéramos, la tuya tiene un dibujo con un puntito, significa que tú eres el uno, yo soy el número cuatro, así lo escribían mis ancestros, y puede ser que estemos unidos desde hace tiempo y no lo sabíamos.

—¿A ver cómo sabes eso?, es que aparte de todo lo que dices saber ¿eres medio brujillo o chamán?, porque de ser así te preguntaré por mi futuro y estar seguro de que vamos a salir de este enredo.

Juan le respondió que eso estaba escrito en las estrellas y no sabía que decirle, lo único que le podía indicar era sobre las piedras en sus pechos. La de él tenía al Dios del viento que viaja por todos lados y nadie lo paraba, por eso él gustaba de viajar para conocer, además los cuatro puntos eran los cuatro rumbos del cielo. La piedra de Carl tenía el signo del mono o sea la sabiduría, por esa razón es que estaban unidos, viento y conocimiento.

—Oye, oye, como es eso de ¿la unión de viento y conocimiento?, ¿Acaso te refieres a que nosotros estamos unidos por dos dioses?, de donde sacaste esos cuentos o estas inventando todo para hacerte el *chico interesante* del viaje.

—Uy señorito Carl, a veces no quieres oír lo que dice la naturaleza y tu corazón, solo hablas de lo que está escrito en tus libritos, deberías atender más a lo que te están diciendo ahora.

—¿No me digas que también puedes escuchar a la naturaleza y al corazón?

—Sí señorito Carl, todos los días, desde que nací me dicen cosas, dicen si va a llover, que voy a viajar al pueblo, si voy a conocer a la otra mitad de mi alma, bueno, muchas cosas.

—¿Todo eso te dice la selva, digo la naturaleza?, y ahora que te están diciendo, —preguntó Carl mientras se incorporó para tener una mejor visión frente a su interlocutor.

—Que por fin encontré, no, mejor no te lo digo, te puedes molestar mucho conmigo, y yo no quiero que suceda eso, —Juan bajó la mirada como si buscara entre el agua y se quedó callado.

Los sonidos de la selva los envolvieron, creando una atmósfera que acentuó los latidos del corazón; la tibieza del aire invitó a relajarse, y derivó en sacarse las ropas. Se arrojaron al arroyo y su piel fue barnizada por el agua y el sol creó los reflejos que acentuaron cada parte de su geografía corpórea.

Lentamente fueron acercándose hasta quedar uno frente al otro, la respiración se les acompasó, y las miradas profundas decretaron que debían unirse para cerrar el ciclo.

—Yo sabía que abrigabas un sentimiento especial por mí, pero creí que era la imaginación que me estaba traicionando.

—Señorito, nunca pensé que te fijaras en mí, solo mirabas tus libros, ahora puedo tener tus ojos para mí, sin esos vidritos que te pones a veces, ni siquiera tengo piel blanca, pelos güeros, ni ojos claros.

—Pero, hay en ti pequeños detalles que me atraen de sobremanera, creo que puede ser tu hermosa piel morena o tal vez tus ojos oscuros, —Juan puso el dedo índice en los labios de Carl para hacerlo callar. El sonido de una rama seca quebrándose que provino de la cercanía provocó que interrumpieran el dialogo, esto los hizo que se escondieran detrás de una enorme piedra en el centro del arroyo, y observar alrededor buscando la causa del ruido.

—Hay un hombre escondido entre los arbustos y respira fuerte, está ofuscado, pero no creo que sea peligroso, es más bien es un curioso y quiere ver más de nosotros, —le dijo Juan al oído.

—¿Sabes de quién se trata?, o lo puedes ver, —le respondió en negativo moviendo la cabeza, —entonces regresemos a la goleta y por favor no me llames *señorito*, se escucha anticuado, mejor dime Carl, total ya somos más que amigos.

Se vistieron y ahí llegó lo que ambos ansiaban, se abrazaron y cuando sus rostros estuvieron cerca, cerraron los ojos en espera del beso, fue como si el mundo hubiera dado un giro y ahora estuvieran en el cielo, el cuerpo de Juan se estremeció a tal grado que eso pasó hasta Carl.

Los minutos pasaron como una ráfaga de viento, así que al final tomados de la mano regresaron a la goleta, por discreción antes de llegar se soltaron.

Guarecido por la maleza Lino pudo ver la escena, abrigó un inmenso enojo al pensar que Carl era un voraz con el muchacho nativo. Le dio un estremecimiento pensar que muchas veces lo había visto solo, ensimismado en sus libros, pero percibiendo que un sentimiento caliente en su interior salió a flote, no supo dilucidar eso que le inspiró dicha visión.

Escuchó un nuevo crujir de ramas secas y se quedó quieto al acecho del otro posible observador, pero no hubo ningún otro sonido, solo el murmullo del agua acompañado del trino de los pájaros, con pasos firmes y rápidos regresó a la goleta con una mueca por sonrisa.

—¿Te sientes mal?, —le preguntó Alex tratando de tomarlo por un brazo, pero la pasada intempestiva de Lino se lo impidió.

Su respuesta fue un tajante —¡no!, mientras se encaminó rápido hacia el interior de la goleta, un movimiento lo perturbó allá entre los matorrales de donde surgieron Carl y Juan, en ese momento arrojó con fuerza una botella vacía de licor que se estrelló en el troco de un árbol.

Tercera anotación de viaje

Miro desde la ventanilla una fuerte tormenta nocturna, el viento mueve estrepitosamente hojas muertas, los últimos acordes de la música aletean por mi mente.

Creo que he llegado al final y el reloj interrumpe su malévolo tic-tac

ya no existe el tiempo, las imágenes se fijan

la lluvia calmó, pero el viento no cesa

puede ser que la muerte llegó.

C U A R T A P A R T E

En el interior de la goleta el ambicioso Froy se encargó de escudriñar cada rincón de los camarotes en busca de algún mapa que le indicara donde se encontraban las K´aaxtuun o Piedras de Selva, su búsqueda no fue en vano, entre las pertenencias de Héctor encontró la vieja libreta de viaje de Jurgenss Barthold, hurgando entre las amarillentas hojas descubrió un dibujo parecido a un rompecabezas con objetos similares a los amuletos de Carl y Juan, es más allí estaba notados sus nombres, todas las piezas al juntarse formaban un extraño círculo.

—¿Será esto es algún tipo de llave que abre la puerta del tesoro o es un señalamiento para encontrar este lugar?, —se dijo mientras escondió entre sus ropas la libreta. Salió apresuradamente por el pasillo para dirigirse hacia la cubierta con una risa sarcástica marcándole el rostro, por fin tenía la prueba de la existencia de un tesoro que existía en alguna parte de la selva.

Al salir del pasillo fue sorprendido intempestivamente por Héctor quien trató de detenerlo, pero esto incomodó al ladrón que reaccionó violentamente, golpeándole el rostro y arrojándolo contra una escalera de metal. Bastó un golpe seco en el cráneo para producirle una muerte instantánea.

El cuerpo quedo inerte, tirado en el suelo con un hilo de sangre en la boca, así que el asesino se apresuró a desaparecer el cuerpo de la escena del crimen; bajó con su carga hasta el cuarto de máquinas, y lo arrojó a la caldera central que lo consumió.

Desde un rincón guarecido por la oscuridad Svan observó quieto el movimiento, aguantó la respiración para no delatar su presencia, supo que un suceso malo se había cometido sin que nadie sospechara.

De regreso a la goleta se reunieron en el comedor, ahí se percataron de la desaparición de Héctor; esto causó conmoción entre los expedicionarios, y la tripulación que se abocaron de inmediato a buscarlo de manera escrupulosa por todo

el lugar sin encontrar ni el más mínimo rastro. Quién más se desesperó fue Julio que durante la travesía, el conocimiento y la ciencia los había unido en una buena amistad.

—Consideramos que no pudo desaparecer de golpe, estaba en la cubierta hace un momento, no pudo irse a otro lado, ¡Héctor dónde estás!, —gritó Julio desesperado.

En vano Lino trató de mantener la calma entre todos y más en Julio; él se resistió a pensar que su amigo había desaparecido sin dejar huellas, alguien tenía que haber visto un movimiento fuera de lo común, pero no hubo una palabra satisfactoria.

La teoría de Alex fue que posiblemente se hubiera caído al río, y cómo Héctor varias veces se quejó de tener problemas del corazón, al ocurrirle un infarto repentino cayó al agua, por eso no pudo solicitar auxilio; esto no tranquilizó a nadie así que intensificaron la búsqueda del cuerpo en las aguas del río.

Buscaron sin tener alguna respuesta, a medida que pasaron las horas fueron abandonando toda esperanza de encontrar a Héctor con vida. Observando como las sombras se fueron alargando en la cubierta, se anunció que la tarde llegaba a su fin, por lo que Lino invitó al Capitán dar la orden para que se retomara el camino, con mucha consternación por parte de todos, la goleta continuó su camino por el gran Usumacinta, y después de pasar otro meandro el barco se movió hasta una laguna conectada directamente al río, en la que anclaron para pasar la noche en el lugar que dio cierta seguridad.

Para Alex la extraña laguna apareció de la nada, ya que no estaba registrada en la cartografía que poseía, era como si hubiera surgido a exprofeso para que ellos la encontraran.

—Lino esta laguna no está en el mapa, eso me parece extraño, un espacio así de grande por lo regular es cartografiado con exactitud.

—¿Quieres decir entonces que apareció de súbito un objeto tan grande?

—Afirmativo, además no tiene sentido una conexión tan directa con el río, normalmente lo hacen a través de un pasillo natural, no es una zona inundada ya que es tiempo de estiaje (tiempo de calor y seco), esto no puede ser, aquí pasa algo raro.

—Estiaje, ¿de dónde sacas tal cosa?, que no te has dado cuenta Alex que desde que llegamos no ha dejado de llover por las mañanas o en las tardes, ¿estás loco de remate?, —grito Lino enfurecido por los comentarios de su oficial científico. —Tú dedícate a las medicinas y yo a dirigir este viaje; no es tiempo de estiaje y sobre la laguna solo falta que digas que falta que aparezcan: monstruos, sirenas, serpientes gigantes. Estas verdaderamente chiflado, —respiró fuerte pareciendo más bien el bramido de un animal enfurecido.

La respuesta de Alex fue un mutis prolongado, metió las manos a los bolsillos de su bata y se limitó a mirar fijo el desencajado rostro de Lino.

Alexander Laren era el clásico investigador nato de casos científicos difíciles de resolver, amigo de Lino desde los días en que compartieron el bachillerato, aunque muchas veces su carácter tan efusivo y alegre, lo llegaron a incomodar; demasiada risa a veces no fue del agrado del circunspecto Lino.

Provenía de una familia poco común, de su padre no se supo nada, pero el Señor Marcus Laren hizo las funciones de padre adoptivo, este trabajaba para una compañía telefónica en la ciudad de Cincinnati y su madre fue una dama japonesa de nombre Nary. Tenía un hermano menor llamado Williams con el cual mantuvo un relación filial muy afectiva.

Sus facciones eran las de un típico oriental, sobre todo cuando se colocaba los lentes redondos que realzaban sus ojos rasgados, siempre había presumido su cabello oscuro y lacio, pero ahora lucía una cabeza totalmente rapada que lo hacía ver mayor, pero atractivo.

Durante sus estudios universitarios perdieron todo contacto, cada uno se dedicó a sus trabajos académicos. Finalmente, Alex se graduó con muy buenas calificaciones en la Universidad de Yale, lugar donde se reencontró un día con Lino

dando clases. Aunque era muy sociable no lograba mantener una relación afectiva por más de dos meses, su afición por la música moderna (*swing*) y sus estudios lo abstraían por momentos de toda realidad convirtiéndolo en un muchacho polifacético.

La distancia como buena sanadora de problemas afectivos creó el estado perfecto para permitir la reconciliación. Una vez más sus caminos se cruzaron y terminaron entrelazando sus vidas en esta aventura que por momentos parecía no tener pies ni cabeza. Siempre mantuvo muy presente la vez que se enfrascó en una acalorada discusión con Lino cuando volvieron a encontrarse.

—Profesor es cierto que los mayas desaparecieron por qué no eran de este planeta, —dijo un alumno, a lo que Lino replicó.

—Perdón mi estimado discípulo, pero los mayas, no se fueron volando, se fueron por el mar hacia otros continentes para extender su cultura, tengo entendido de que eran grandes navegantes.

—No es tan así como lo dices, —interrumpió Alex de manera tajante, dejando perplejos a todo el alumnado.

—Los mayas se extinguieron debido a una fuerte variación climática provocada por una deforestación de la selva tropical, por lo tanto, creo que fueron ellos mismos los que indujeron su propia extinción; perdón olvide presentarme, soy el doctor Alexander Laren y para ustedes soy simplemente Alex, el que interrumpe.

—Alex, ¿parece que tu punto de vista que es muy respetado, pero resulta ser una torpeza?

—No señor Brahe, esta vez no es así, yo le aseguro que lo dicho es más cierto que la vida en Marte.

Una sonrisita baja, de sorna entre todo el alumnado no se hizo esperar, los dos hombres habían medido su capacidad intelectual con sus palabras, y por el momento parecía no haber un ganador. Al finalizar la clase, los dos se miraron para confirmar sus conocimientos.

Ya reconocidos se abrazaron e iniciaron una nueva discusión si era mejor *vivir para la ciencia o vivir para el amor*, nunca llegaron a ninguna conclusión, pero si

dejaron asentadas las bases de lo que sería la segunda parte de esta muy extraña relación.

Algunas veces discrepaban en el tema de lo paranormal, Alex siempre estuvo muy cercano en esta inclinación, de muy joven se había introducido en un grupo de psíquicos que creían estar en contacto con entidades de otro plano astral.

Deambulando por las tiendas de material ocultista llegó a sus manos un extraño amuleto traído de las cercanas tierras de Guatemala. El amuleto contenía un glifo que significaba a *Imix*, el cocodrilo que además simbolizaba la tierra caviló que había la posibilidad de un símbolo reptiliano se podía esconder en su dibujo, además observó un agujero central para servir de colgante quizá, pero que parecía ser parte del diseño.

Este amuleto pasó a formar parte de los objetos de uso cotidiano de Alex por así decirlo casi otra extremidad de su cuerpo, no se apartó de él ni para dormir; estaba seguro de que, a partir de empezar a usarlo, sus ideas o razonamientos resultaron más claros, pudo encontrar con facilidad todos los libros que necesitaba, era su *amuleto de la suerte*, lo conservó cerca de él. Durante su etapa de adulto, guardó el objeto a tal grado que olvidó su existencia.

Otra de las piedras apareció en este extraño juego del destino, y dio inicio el proceso del reencuentro de todas las ellas, aunque faltaban días para que esto sucediera.

Durante la cena nadie pronunció alguna palabra, todos se limitaron a ingerir los alimentos preparados por el cocinero con una receta lugareña. Para no variar Lino solo tomó tres copas de vino y salió a la cubierta para fumar, elevando el humo del cigarro al aire suave que procedía del sur.

No hubo cuentos o risas que dijeran que estaban entusiasmados, era como una sala de velación, la falta de uno de los científicos se evidenció aún más cuando vieron el lugar vacío donde hacía unas horas era ocupado por Héctor.

Carl y Juan fueron los primeros en retirarse de la escena, los que restaban continuaron con sus respectivas bebidas hasta que de nuevo Lino apareció en la puerta para agradecerles su compañía, y expresarles que estaba muy consternado con lo ocurrido.

—Siento mucho lo que ocurrió con Héctor, era un buen amigo, y uno de los mejores colaboradores de este viaje tan complicado.

La extraña laguna que apareció en el paisaje mantuvo una calma inquietante que flotó a ras de agua, una ligera neblina la cubrió con un manto de misterio aún más profundo, y el silencio cayó como un telón de fondo.

El calor matinal se tornó insoportable y algunos de los viajeros humedecieron sus pañuelos para refrescarse observando detenidamente el paisaje, y apurando algunas bebidas frescas. Carl platicaba distraído con Juan sin reparar en nada, Lino hizo lo mismo con Julio que se encontraba aún triste por la pérdida de su amigo; por su parte Alex se dedicó a observar el paisaje con sus binoculares.

La tripulación realizaba sus tareas rutinarias de limpiar las cubiertas y mantener cada objeto en su sitio. Sylvia miró hacia el horizonte mientras jugaba con sus cabellos, los oscuros ojos de la chica echaron un vistazo con detenimiento hacia un punto lejano en el horizonte.

—Doctor Alex, mire usted esa bruma gris que se está formando allá donde hay uno de esos árboles que ustedes llamaron Ceibas.

Fijó sus binoculares para observar con detenimiento hacia donde Sylvia había señalado. Efectivamente, en lo profundo de la selva el gran árbol parecía propagar una espesa humareda gris que caía de entre sus ramas hacia el agua, esta fue cubriendo el horizonte en su totalidad, y comenzó a avanzar hacia ellos, todo lo visible en cuestión de horas quedó cubierto.

El agua comenzó a ebulir como si hirviera, el vapor que despedía hizo más densa la humareda de tal manera que no permitió que vieran nada más allá de un

metro; la goleta comenzó a crujir bajo sus pies, el sobre calentamiento amenazó con destruir la embarcación que se movía como si fuera un terremoto, se escuchó rechinar las maderas y repentinamente los remaches metálicos saltaron como proyectiles.

—Todos a los botes salvavidas, la goleta tiene problemas, estamos en riesgo de explotar, y protéjanse de los remaches que son como proyectiles, ¡vamos rápido!, —ordenó el capitán McRull.

—Capitán, las calderas están por encima del punto crítico, van a explotar, no sabemos cómo aumentaron de temperatura en tan corto tiempo, —grito el maquinista acompañado por Svan.

—No queda mucho tiempo, iré a ver si está alguien aún en el interior, —dijo el capitán.

En las pequeñas embarcaciones salvavidas descendieron al agua, en su interior colocaron los alimentos e instrumentos que pudimos salvar; empezaron a remar para alejarse de la Kassandre que ya mostraba algunas llamaradas en la parte principal, lo que indicaba que el fuego se había extendido en el interior.

—Lino escúchame, el agua no está hirviendo, tócala y verificarás que está fría, la ebullición es solo un engaño para los sentidos.

—Qué carajos quieres decir Alex ¿acaso este vapor caliente es mentira?, —replicó Lino enfurecido.

—No lo sé, pero lo que si te puedo afirmar es que el agua está fría, —repitió el científico.

—Oigan doctorcitos, pueden dejar su plática para otro día, tenemos que salir de aquí, esto se lo va a llevar el carajo ¡remen!, —les gritó Froy desesperado.

La plática fue abruptamente interrumpida por una explosión proveniente de la embarcación, volaron miles de fragmentos por el aire, seguidamente los restos humeantes de la nave se empezaron a hundir en las aguas, al cabo de unos minutos la bruma empezó a disiparse hasta recobrar el paisaje la nitidez original, era como si nada hubiera sucedido.

Con la distancia de por medio y a salvo, se dieron cuenta de que el Capitán McRull, el cocinero chino y dos tripulantes no estaban entre los botes salvavidas, durante algunas horas buscamos sus cuerpos sin encontrarlos; hasta que los dieron por desaparecidos. Lino siempre tuvo la impresión de que el Capitán pereció dentro de la goleta, después de todo, esta era como su hija, y como rezaba el viejo refrán: *el capitán siempre se hunde con su barco*.

Debido a esta pérdida decidió Lino colocar una placa metálica que contenía el nombre del Capitán; mucho tiempo después los habitantes de estas tierras bautizaron la laguna con el nombre de *El inglés* ya que tenía un letrero con un nombre en inglés y una bandera Británica despintada.

Pronto vieron que no estaban solos, varios *cayucos* se acercaron a ellos en señal de auxilio. Los remeros agitaban sus manos para que los vieran, utilizando unas cuerdas ataron los botes salvavidas y crearon una cadena de embarcaciones que fueron remontados río arriba.

Estaban completamente empapados y callados, Carl sintió un escalofrío que le recorrió la espalda, y al voltearse encontró a Svan a su lado temblando de frío, le echó un vistazo con detenimiento, creo que le dio compasión verlo tan desvalido que le entregó una frazada para que se calentara.

—Gracias Señor Carl, es usted muy amable.

—No me des las gracias, es un acto de humanidad entre nosotros, algún día seré yo el que te necesite, —no hubo más plática porque Carl se apartó hacia otra parte del bote.

Lino utilizó a Juan como interprete ya que no hablaba el idioma de los remeros: —Estos hombres dicen que nos van a llevar a un pueblo, porque ellos no son de por aquí, vienen de más arriba del río, pero escucharon la explosión y vinieron a ver.

—Dales gracias de nuestra parte muchacho.

Los condujeron a un pequeño poblado de pescadores llamado *Chablé* donde fueron recibidos con desconfianza, ya habían escuchado historias sobre el rayo sin trueno, así que estaban muy nerviosos. Sintiendo la mirada de curiosidad debido a su

color de piel y ropas, llegaron por provisiones y orientación para saber cómo acercarse a la población conocida como Montecristo.

Con la ayuda de Juan pudieron avanzar por la orilla del río, y en pocos minutos de camino llegaron a Montecristo para enterarse que ese nombre lo había cambiado el gobierno por el de Emiliano Zapata; allí pernoctaron en un viejo galerón esperando retomar el viaje río arriba a la mañana siguiente. Lino, Alan y Carl, estuvieron hasta entrada la madrugada discutiendo sobre cuál era el futuro de este viaje; continuar o regresar a los Estados Unidos. Para poder llevar a cabo cualquiera de las dos opciones se necesitaba una nueva embarcación.

Después de cenar una buenas *postas* (rodajas de pescado fritas) y café negro fueron a descansar al viejo galerón, cada uno tomó sus respectivas posiciones, Sylvia se acomodó sola en una esquina, Alex y Julio buscaron refugio sobre unos sacos de maíz, Carl y Juan, ya en franca relación se quedaron cerca de una ventana entreabierta que dejaba ver la claridad de la luna, y que sirvió para que Svan mirara de reojo la escena. Don Pedrito el único marinero a salvo buscó refugio entre redes de pescadores amontonadas en un pasillo, Julio quedó cerca de la puerta recostado en una vieja poltrona.

Lino se retiró discretamente para tomar unos tragos de su sobaquera metálica que contenía una buena ración de whisky y fumarse un cigarrillo mientras caminaba contando los pasos, para aliviar sus tensiones como era su costumbre.

—Buenas noches doctor, espero no interrumpirlo, pero creo que debe saber qué le ocultan estos científicos mentirosos, descubrí que uno de ellos tenía escondido un librito destartado, tal vez le interese conocerlo, —dijo el ladino de Froy guarecido por la oscuridad.

—Así que ahora la haces de espía, dime Froy que carajo debo hacer con el librito ese, —respondió Lino con sarcasmo.

—Échele un ojo, tiene muchos garabatos y parece que uno de ellos es igual al dibujo que tienen los colgantes que portan Carl y su amiguito indígena, pero el caso es que no los entiendo.

Froy sacó de unos de sus bolsillos el viejo diario de Bartold, arrancó una hoja la alisó con sus torpes manos y se la entregó a Lino, que lo examinó detenidamente a contraluz.

—No le digas a nadie de esto, y te daré una buena parte de lo que encontremos, siempre será más de lo que imaginaste obtener.

—No lo sé doctor, eso se lo dejo usted que es el jefe, y no trate de hacerse el listo, solo haga lo que tiene que hacer.

Los grillos y las ranas continuaron cantando hasta la madrugada, momento en que se dirigieron los ocho expedicionarios hacia el barranco junto al improvisado muelle a la orilla del río: Alex junto a Sylvia y Alán; Julio, Svan y Don Pedro cargaban unos bultos, Lino sin nada en las manos fue por delante, atrás llegaron Juan y Carl corriendo, todos se dieron cita en el destartalado lugar con las caras largas y en silencio.

En la orilla del río encontraron atracada una pequeña embarcación de motor llamada *Masiosare*, uno a uno fue subiendo con su respectiva carga. Lino dirigió una última mirada hacia el pueblo fingiendo buscar a alguien que estaba seguro de que no llegaría.

—Disculpe doctor Brahe solo hay un inconveniente, la embarcación que va hasta Balancán solo puede llevar a doce personas y su tripulación son tres, alguno de nosotros se debe quedar en tierra, porque somos diez en total, —explicó Svan al tiempo que les dio la mano a dos expedicionarios para subir a la embarcación.

—Muchacho, se cómo sacar cuentas y por cierto ¿Dónde está el señor Froy?, no lo veo por aquí, —preguntó Lino mostrando un aparente interés en el hecho.

El joven Svan explicó que en la noche anterior lo vio caminar por la orilla del playón cerca del galerón, allí lo perdió de vista, por tanto, intuyó que se había retirado a dormir. Lino solicitó al dueño de la embarcación esperar por el viajero que seguramente se había retrasado por algún motivo. Pero este le explicó en su media lengua que no podían esperar más allá de quince minutos, porque se les hacía tarde para entregar mercancías comprometidas para el amanecer.

—Bueno ya que solo podemos viajar nueve en este trasto, la fuga de Froy nos da el número exacto para empezar el movimiento, creo que ese loco siempre tuvo temor de lo desconocido, pero gracias a él solo quedamos las personas requeridas; entonces podemos zarpar río arriba, súbete y diles a los navegantes que se nos hace tarde también, —le murmuró Lino al azorado muchacho.

Nadie pudo imaginar lo que le había sucedido al ambicioso Froy, la noche anterior.

El último en ingresar a la embarcación fue Carl quien de forma pretenciosa rechazó la mano recia de Svan, así que de un salto se introdujo al interior, en ese mismo tiempo dio una exclamación de alegría, alardeando frente a todos su buena condición física. Se acomodó el cabello, y dirigió una mirada de superioridad a Svan que bajó la mirada en señal de respeto.

Lino mantuvo una mano sobre la vieja libreta de viaje de Jurgenss Barthold oculta en su alforja terciada en el hombro, con la otra mano acarició su propia libreta de viaje que conservó todo el tiempo entre una bolsa especial del pantalón, ese día solo garabateó unas palabras.

Cuarta anotación de viaje.

Aunque haga hasta lo imposible, Carl, nunca me volverá a ver con esa mirada inequívocamente honesta, con la que una vez me miró en las afueras del museo en Nueva York.

Pasa su figura en el paisaje y la noche se transforma

 cada cosa que toca se convierte en luna

 cada luna se transforma en una mirada

 cada mirada es solo el comienzo de otra noche.

 Busco su cuerpo, pero solo está el olvido

 Ese que no pernocta conmigo cada madrugada.

QUINTA PARTE

Juan no fue la única persona con buenos sentimientos y escaso conocimiento que viajaba en esta expedición, había otra persona más involucrada en este juego de indiscretas miradas; se trataba del joven Svan; quien tenía aproximadamente 20 años, pero a pesar de tener un cuerpo esbelto, el trabajo rudo y su fortaleza de espíritu lo hacían parecer un poco mayor; debajo de su cachucha de marinero albergó debajo una extraña forma de mirar.

Desde el primer día cuando se integró a la tripulación en el puerto de Álvaro Obregón miró a Carl por primera vez, y sintió que un escalofrío le recorrió el cuerpo al sentir el leve roce de las miradas, sobre todo al percatarse de que en su pecho colgaba un objeto muy similar al suyo.

Durante las noches cuando se encontraba refugiado en el camarote de la tripulación, acariciaba su amuleto con mucha fuerza, recordando la vez en que el Bonko se lo entregó.

Este era un viejo lobo de mar llamado así porque *bonk* en español significa *golpeado*, así que se latinizó de esa forma, y es que se rumoraba entre los marineros que un rayo lo había golpeado durante una tormenta en los mares del sur, sobreviviendo a este hecho gracias a un extraño amuleto del destino que tenía en su poder.

Svan nació en una población cercana al puerto de Ems en Holanda, provenía de una familia de marineros, su padre al cual vio solo en contadas ocasiones vivió literalmente en el agua, fue hijo único por esa razón él se mantuvo junto a su madre hasta los quince años cuando esta murió de tuberculosis.

Anduvo vagando por varias poblaciones, por ser un chico inquieto subió a bordo del barco mercante *Werken* en el puerto de Rotterdam. Durante uno de los viajes en esta nave, cierta noche de tormenta por casualidad bajó al área de carga para encontrar al Bonko agonizando, con una herida profunda en el abdomen, producto de un accidente momentos antes.

—Escúchame bien *gaznápiro* (persona, torpe o palurda), te entrego este amuleto, durante el tiempo que lo use me trajo suerte, ahora parece que me abandonó por ser ansioso de riquezas y envidioso, así que te lo paso para que te proteja siempre que seas agradecido con la vida, con él encima ni los rayos te harán daño, —dijo con una risa entrecortada, tosiendo y vomitando sangre.

—Traté de robarle al capitán, y perdí la cabeza matándolo, ni modo, ahora siento que voy a morir, solo te pido que te encargues de envolverme en esa sábana, amarras aquella ancla en los pies y me arrojas al mar, quiero morir entre sus brazos.

El chico miró hacia todos lados para percatarse de que estaban solos, así que tomó la sábana y el ancla, se armó de todo el valor que pudo para llevar a cabo la petición del moribundo.

—Es que tengo miedo Bonko, nunca he tirado a nadie vivo al mar y mucho menos he matado a alguien.

—Chamaco estúpido, yo ya estoy muerto, ahora vuélvete hombre de una vez por todas, y cumple con lo que te ordeno, ¡ya!

La tormenta amenazó con destrozar el barco, las velas eran solo harapos al viento, sin embargo, a duras penas pudo Svan cargar con su pesada labor, lo arrojó al mar y buscó refugio en uno de los botes salvavidas, se hizo un ovillo en la parte trasera.

Con los primeros destellos de luz en el horizonte, recobró la memoria y se incorporó para darse cuenta de que el barco había naufragado; fue rescatado por un

navío norteamericano que lo llevó hasta el puerto de Veracruz en México donde vivió por varios años.

Pasado el tiempo aprendió el castellano y entonces decidió viajar más hacia el sur, por casualidad llegó hasta el puerto de Álvaro Obregón, ahí trabajó como cargador en una chalana que transportaba plátano, además se interesó por aprender el funcionamiento de las máquinas de vapor.

Fue en una mañana que posaba para una fotografía que vio aparecer a la goleta Kassandre, gustoso de aventuras y trabajo, rápidamente acudió a solicitar empleo como ayudante del maquinista y fue su día de suerte, porque obtuvo el empleo.

El viejo capitán McRull no dudó ni por un instante el haber enlistado al muchacho ya que no solo le resultó bueno en el trabajo de maquinista, sino que también era muy diligente en el arreglo y mantenimiento de otros aparatejos de la goleta. El destino de los viajeros se selló y se juntaron las piezas astrales de un rompecabezas cósmico.

Durante el trayecto del viaje en la goleta, Svan por todos los medios a su alcance trató de entablar plática con Carl, muchas veces se sentó cerca de la entrada de los camarotes a componer cualquier objeto, con la finalidad de encontrarle por casualidad; por alguna extraña situación éste no salía del camarote durante todo el día o lo hacía por otra puerta distante.

Su finalidad era saber ¿por qué tenía un amuleto similar al suyo?, una especie de gozo le llegó conforme pasaron los días, de alguna manera disfrutó muy a su manera el juego de miradas, el estar y no estar cada quién en su sitio. Encontró gran placer en pensar ser observado por el rabillo del ojo a través de los lentes oscuros de Carl, o los claros, mientras leía sentado en los sillones de la cubierta.

En algunas ocasiones se exhibió sin camisa, mostrando su pecho donde un tatuaje oriental lo medio envolvía y dejando entrever su pubis para reafirmar que debajo del pantalón no había nada de ropa interior, solo un cuerpo que ansiaba ser explorado como esa selva que los envolvía. No pasó nada en absoluto, solo una mirada esquiva que le lanzaba Carl una y otra vez.

Su sensual juego se vio recompensado en una ocasión cuando en la embarcación lo miró a los ojos, y al pasar junto a él acarició ligeramente su abdomen con la mano. Sintió que el mundo se le juntó en la cabeza, y su cuerpo flotaba sobre las nubes. Este hecho circunstancial cerró el futuro de ambos; que procuraron continuar con el juego de los roces por mucho tiempo, sin que nadie se diera cuenta de ello, ni siquiera Juan que siempre permanecía muy cerca del joven científico.

Aunque ya le había dicho su nombre, procuraba no acercarse mucho para no crear un despropósito entre los científicos, mucho menos con Lino que parecía estar celoso y siempre estaba cerca, si por una casualidad Juan se enteraba del juego, le diría que era una manera de ser de los extranjeros.

En el pequeño puerto fluvial de Emiliano Zapata el *Masiosare* se movió hasta el centro del río, dio marcha al frente, ante el escrutinio de monos araña que observaban atentos el ajeteo, y como la embarcación se perdió entre una neblina húmeda que cubrió el paisaje selvático esa mañana.

Después de pasar frente al poblado de Balancán, la pequeña embarcación se descompuso, lo que obligó a los viajeros a descender en un playón ubicado en una isla que los lugareños la llamaban *Missicab*; allí construyeron una improvisada carpa para refugiarse del inclemente sol que para esas horas creó un verdadero infierno.

Svan ayudó a componer el viejo artefacto de propulsión; pasaron horas antes de que lograran echarlo andar, el calor lo obligó a desprenderse de la camisa y quedar con menos ropa. No desaprovecho la ocasión para exhibir de nueva cuenta su cuerpo, y logró captar una mirada pícara de Carl, que junto a Juan leía un libro.

Sylvia también entro en el juego de las miradas e hizo su movimiento, fue hasta donde estaba el muchacho trabajando con el motor, y tomándolo por los hombros le

susurró al oído, que entendió de inmediato. La miró un poco desconcertado con los ojos entrecerrados.

—No crea todo lo que ve señorita, a veces lo que llaman realidad no lo es tanto, puede estar equivocada en su apreciación sobre mí, y sobre los demás, tengo un gusto muy arraigado por lo que me cuesta trabajo obtener.

—Eres un verdadero zoquete, aunque no dejo de reconocer que estás bien proporcionado.

Ella deslizó la mano por el pecho de Svan de manera muy sensual y al llegar al ombligo la mano de éste la detuvo por lo que prefirió retirarse tarareando una tonadilla, hasta que retornó al toldo con el resto de los viajeros.

Lino sacó de entre su pantalón la sobaquera metálica, y fue dando tragos apresurados al líquido que vació en un instante. Se secó el sudor con la manga de su camisa, y tomó su sombrero para abanicarse, mostraba un aplomo que cualquiera pensaría que estaba sereno. Aunque en su mente aún estaban presentes escenas del pasado que le quitaban la aparente tranquilidad, todavía quedaban remanentes de su relación con Alex, que le punzaban la cabeza como espinas obligándolo a tomar más licor.

Resolvió que se debía continuar el viaje a pie así que bajaron los escasos pertrechos que aún tenían. Cruzaron el río que se encontraba bajo y se internaron por la selva, aguantando toda la inclemencia del calor sin desfallecer, pensando que en algún momento los abrazaría una serpiente o un insecto extraño los amenazaría con picarlos. Viajaron entre la maleza con rumbo fijo hacia el Suroeste que había marcado Lino con anterioridad.

Los pequeños arroyos que fueron encontrando sirvieron para refrescarlos, y, además, se alimentaron con las frutas recolectadas por Juan que para esos momentos sirvió como el único guía.

—La mayoría de los animales descansan a las horas de más calor, otros en la noche, así que será mejor que vaya más adelante por si veo algún peligro, —dijo Juan compenetrado en su papel del guía principal.

La tarde fue quedando como un reflejo amarillento y la penumbra se presentó, con ella los ecos de monos aulladores dieron paso a los maullidos de tigrillos, también otros animales nocturnos que por momentos parecían un coro de criaturas burlándose del incierto destino que perseguía a los viajeros.

Con mucho trabajo crearon una sencilla hoguera alrededor de la cual se sentaron a repasar como le harían para regresar con vida de este viaje. Se hizo un nuevo silencio sepulcral al cual ya estaban acostumbrados, como siempre fue presagio de cosas malas. Ni siquiera el viento susurraba entre las hojas de los árboles, los animales e insectos callaron, fue como si la selva se hubiera quedado inmóvil. Del fondo de la espesura se escuchó el grito de una mujer, *—hijos míos, ya nos tenemos que ir, ¿adónde los llevaré?*

—Creo que a esa mujer la llaman *Llorona*, y anda por los poblados aterrando a los hombres, porque solo cosas malas traen sus gritos, —dijo Juan mientras se santiguó.

—Otra vez estas con esas cosas de espantos y fantasmas, te he dicho Juan que no son nada, ha de ser el viento, entre las ramas de los árboles, —le dijo, Carl, y lo abrasó con fuerza para que se sintiera protegido.

Un escalofrío les recorrió de los pies a la cabeza, como si fuera una corriente eléctrica, así que algunos escudriñaron alrededor para buscar de dónde provenía ese lamento y quien lo gritaba o qué lo producía. Una vez más se escuchó el lamento que irrumpió en el silencio, de golpe los ruidos de la noche se reiniciaron mientras una bandada de pericos espantados surcó el cielo huyendo de una entidad oscura que apareció en el cielo.

Ninguno pudo conciliar el sueño en las primeras horas de la noche, pero hacia la madrugada una humareda blanquecina a ras de suelo cubrió el sitio, al mismo tiempo cayeron uno en uno en un extraño sopor profundo. Las excepciones fueron Alex y Julio que sentados a cierta distancia de la improvisada fogata se mantenían alerta, con un rifle en la mano.

—Doctor Laren, mire esa loma que esta allá, tiene pequeñas luces volando en su cima, alguien las está atrayendo, —susurró Julio al doctor que descansaba cerca de él.

—A mi parecer no son luciérnagas, puesto que son grandes y su luz es rojiza en vez de ambarina, —Alex no encontró respuesta lógica para el hecho en ese momento, así que solo se limitó a mirar hacia sus otros compañeros para comprobar que todos estaban sumidos entre un raro sopor distantes de la realidad, fue como si estuvieran inconscientes.

—Doctor, no puedo moverme, unas manos invisibles me tiene sujeto al suelo, puedo sentir las, también esas cosas brillantes que vuela a la distancia parece que viene hacia acá, son demasiadas luces, —repitió Julio, esta vez esforzándose para tratar de huir, agitó los brazos pretendiendo liberarse de eso que lo mantenía sujeto al suelo.

Julio quedó materialmente pegado a la tierra, y solo alcanzó a cerrar los ojos; al mismo tiempo miles de pequeñas esferas luminosas lo envolvieron hasta formar un gran montículo de objetos apiñados zumbando en un frenesí hipnótico. Al retirarse las esferas en una huida descomunal que se proyectó al cielo nocturno, al final el cuerpo desapareció, como si éstas lo hubieran devorado, únicamente quedaron algunos de sus objetos metálicos personales, diseminados en el suelo.

Alex quedó fijo con la mirada puesta en el horizonte que se extendía bajo la oscura noche que se llenó de una neblina que le humedeció el cuerpo. Cerró los ojos por un momento, y después los abrió con la llegada de la mañana, allí recobró el conocimiento y gritó: —¡Lino, el doctor Julio desapareció!, se lo llevaron unas esferas brillantes de color rojo.

—¿Cómo se lo llevaron unas qué, y hacia dónde?, —preguntó Lino incorporándose al instante para quedar parado mirando hacia todos lados.

—Sí, solo quedaron sus anteojos, la hebilla de su cinturón, y esta libreta de viaje, no sé a dónde lo llevaron, tampoco creo que esté con vida, porque hay rastros de sangre por todo el lugar.

—Déjate de idioteces Alex, nadie se desaparece en el aire porque lo toca una esfera brillante, estamos en medio de la selva, ha de estar cerca de aquí, quizá se levantó muy temprano, o se fue hacia allá para orinar, lo demás fue producto de un sueño en tu mente atolondrada con tantos problemas.

Por varias horas buscaron en los alrededores sin encontrar el menor rastro del científico, Lino gritó su nombre hacia todos lados, no obtuvo respuesta, se desapareció como si lo hubiera tragado la tierra o mejor dicho esas esperas brillantes. Ahora las cosas se complicaron aún más, por un momento Lino pensó que los viajeros eran eliminados con lentitud, como si alguien los fuera restando antes de llegar a un lugar determinado en esa selva.

Decepcionados continuaron el camino hasta llegar a las ruinas de un templo completamente abrazado por las raíces de los árboles, las fauces del Dios del inframundo creaban el marco de una gran puerta, flanqueado por dos relieves de sacerdotes vestidos con pieles de lagarto, ofreciendo un tazón, sobre el dintel estaba esculpido el rostro de *Chaac* (Señor de las tormentas y el rayo)

Adentro un espacio oscuro indefinido dio la sensación de ser una antecámara al sitio más sagrado que se encontraba en el fondo. En un apartado lugar fuera del templo encontraron un área que ofreció seguridad para descansar por el momento, era una plazoleta de regular tamaño bordeada por una fila de columnas algunas derruidas, además una arboleda tupida cerraba el paso al exterior.

Lino cada vez más adicto al licor se refugió en su mundo, que en gran medida le ayudaba a fugarse de la realidad, terminó por caer desplomado en una esquina, dejando que sus pensamientos lo remontaran hacia el pasado, la sobaquera metálica resbaló de su mano y mostró en un reflejo la desfigurada cara del dios *Chaac*.

Estupefacto miró entre confusiones como sangre humana resbalaba por una escalinata de piedra hasta llegar a la tierra, una mano desfallecida fue el punto de partida de ese manantial considerado el alimento de los dioses por los mayas.

No pudo quitarse de la cabeza ese rostro cubierto por una máscara brillante en forma de cráneo humano coronado con tres plumas blancas, que le advirtió: —ven al Xibalbá, allí están las respuestas a tus pesadillas, aunque encontrarás muerte y

resurrección al mismo tiempo, después vendrá la inevitable oscuridad acompañada de una lluvia eterna.

Frente a Lino pasó una chica de buenas proporciones que en su pecho lucía un medallón de plata que tenía al centro una piedra de diseño antiguo, otras personas se arremolinaron a su alrededor para homenajear su belleza, y esto le obligó a evadirla para encaminarse hacia un sólido edificio en la esquina de la avenida Lexington, entró por una de las puertas centrales.

Un letrero en la entrada anunció la subasta anual de joyería de fantasía del Hotel Gramercy Park de Nueva York (1925), muchos millonarios excéntricos se dieron cita para adquirir los más raros diseños; Lino no era copartícipe de este tipo de eventos, pero era un buen pretexto para ingerir algunos bocadillos, de paso convivir con sus amigos que de seguro ahí estaban.

Al final del evento solo la joya que le agradó aún continuaba en el pecho de la modelo, por tanto, no había salido en la subasta, se acercó al organizador del evento y después de mucho parloteo, solo el amuleto central terminó en sus manos. Pasó toda la noche escudriñando esta nueva adquisición, sintió su textura, degustó su aroma, a continuación, se lo colocó en el cuello con una cuerda de piel.

Se miró en el espejo, y no pudo ver su imagen sino la de una extraña ciudad situada entre los árboles, sus edificios de piedra cobraron vida y se transformaron en gigantescos seres que extendían sus manos, mientras quedaba estático sintiendo como fue engullido por uno de ellos.

Bajó por un túnel profundo, y al final salió ennegrecido por un tizne con olor desagradable.

Se tapó los ojos y al abrirlos, de nuevo regresó su imagen, así como los demás objetos que se reflejaba ahí, el resto de la noche se limitó a darse vistazos frente al dichoso espejo mientras fue terminando una botella de licor.

Cada vez sus pesadillas tomaron forma en la realidad mezclándose con el paisaje circundante, esto fue recurrente hasta que para despejarse empezó a realizar viajes cortos a otras localidades, para presentar conferencias sobre la cultura Maya.

En una ocasión estuvo en un auditorio en la ciudad de Salt Lake City, terminada su plática se le acercó un joven de cabellos largos, con la piel morena, y una llamativa vestimenta indígena, que se le presentó como hijo de la tribu de los Utah, para que le dijera porque tenía un aura verdosa a su alrededor.

—No tengo idea de que me hablas muchacho, pero dime ¿qué más puedes ver en mí?

—Usted tiene una sombra que lo sigue, resulta ser un espíritu del pasado que lo llama, pero usted no le hace caso, puede ser que quiera un objeto que usted guarda en su pecho.

Lino quedó pensativo, al darse cuenta de que aquel muchacho pudo advertir el amuleto que ocultaba en su pecho, eso le provocó un estremecimiento, pero no sintió miedo, así que le devolvió una sonrisa, y un fuerte apretón de mano. Después el muchacho desapareció del salón, para regresar la imagen del lugar con muchas personas platicando e ingiriendo sus bebidas, el mundo pareció volver al punto anterior, sin el muchacho de cabellos largos.

Las gotas de lluvia que escurrieron por el rostro de Lino lo devolvieron de golpe a la realidad; miró hacia las paredes del patio para cerciorarse que estaba completamente solo, con mucho trabajo se incorporó para dirigirse hacia el exterior del templo.

Afuera la noche pasó al punto más oscuro antes del amanecer, Lino caminó tambaleante por los alrededores hasta que todo adquirió una tonalidad azulosa, varias nubes anaranjadas aparecieron en el horizonte marcando el paso de la tenebrosidad a la luz.

El resto del grupo continuó reponiendo fuerzas, Carl miró a Lino cómo deambulaba entre las columnas y los árboles, con paso inseguro salió del lugar, así que optó por seguirlo a cierta distancia por si caía o se lastimaba. Aún continuaba teniendo aprecio por su profesor, aunque él había cambiado durante esta espantosa travesía que por momentos dio la apariencia de no tener una finalidad precisa.

—Espere Señor Carl, déjeme hacer esto por usted, yo puedo cuidar del profesor Lino, quédese tranquilo, —indicó Svan mientras lo detuvo por el hombro.

—Pero es mucha responsabilidad y no sabes cómo manejar una situación así, Lino es inestable cuando se encuentra así.

—Entonces déjame intentarlo, se lo pido por favor.

Sus palabras fueron tan convincentes que lo dejó seguir a Lino con su loco caminar entre los arbustos. Después llegó Juan que tomó de la mano al muchacho para que regresara al interior del templo, —vamos querido Carl, te guardé unas frutas para que desayunes, estás muy pálido y eso me preocupa, ven acá, ya hiciste mucho por este día deja que Svan se encargue del doctor.

Entre las ramas de los arbustos, Lino con la mirada perdida daba vueltas en círculo por el mismo lugar.

—Creo que no se siente bien, mejor regresemos Doctor, —le dijo con calma Svan.

Lino detuvo su caminata y se quedó parado mirando un pedazo de piedra que tenía un grabado deslavado por el tiempo, fue alcanzado por Svan que lo tomó de la mano para obligarlo a regresar a donde descansaban el resto de los viajeros.

—Doctor Lino, ahí no hay nada, es solo un lugar vacío, y sin vida, aún no hemos llegado a donde tiene que ir, —le dijo una voz irreconocible que resonó en su cabeza.

Lino volteó hacia el muchacho, su rostro había desaparecido en su lugar había una máscara metálica: sin labios, nariz y ojos, retrocedió asustado, se frotó los ojos,

de nuevo apareció la cara risueña de Svan. De inmediato lo increpó preguntándole ¿Quién era?, el muchacho repitió su nombre, y tomó su mano con delicadeza para conducirlo al lugar donde descansaba el resto de los exploradores.

Con las primeras luces del amanecer, y una suave llovizna cayó desde el cielo, apareció Alan empuñando su rifle, miró hacia todos lados con los ojos agrandados como si buscara algo en la espesura, arrojó cerca de Alex los cuerpos de dos faisanes muertos, sus plumas tornasoladas creaban un inaudito reflejo sobre el muro cuando eran agitadas por el viento que para esos momentos se hizo intenso.

—Doctor Alex, si observa por varios minutos esos reflejos en las plumas de estas aves, aparecen dos figuras negras que no logro interpretar quienes son.

—Alan, no hay nada en las plumas sólo son reflejos, creo que aún estas bajo los efectos de lo que ingeriste anoche, deberías sentarte a descansar, este viaje te está estresando demasiado, —replicó Alex en voz baja, para no inquietar a los demás.

—Allí están esas dos figuras que te digo, están paradas alrededor de una fogata, parecieran estar en una especie de ritual, uno de ellos lleva un punzón en la mano, si, se trata de un sacrificio humano, como en una escena del pasado, cuando los mayas realizaban sacrificios de ese tipo.

—Estas alucinando por la resaca, no hay ninguna figura en esas plumas, solo reflejos y nada más.

En la cercanía se escuchó un fuerte chirrido, Alex sacó el cuchillo que tenía en el cinturón, y se puso en guardia, la escena fue cortada por una detonación que provino de lejos, al mismo tiempo el cuerpo de Alan cayó como fulminado al recibir el impacto de un proyectil. La sangre empezó a fluir como una fuente por su cuello, tenía perforada la vena yugular. Los estertores de la muerte convulsionaron su cuerpo, su mano se aferró fuertemente al brazo de Alex y trató de balbucear unas cuantas palabras.

—Son dos seres ..., —alcanzó a decir el agonizante cazador, antes de quedar completamente consumido con un gesto de angustia en el rostro.

Todos se arrojaron al suelo con el rostro pegado en la tierra, permanecieron así por espacio de varios minutos tratando de protegerse de otra posible agresión;

lograron arrastrarse con cautela para buscar en la distancia quien había accionado el arma que cortó la vida del cazador; solo los monos se columpiaban inquietos chillando entre las ramas de los árboles.

Nada los pudo sorprender más en esta serie de acontecimientos desastrosos, que la lenta eliminación de los viajeros, para Lino estos fueron señales que el lugar mítico soñado le había enviado para que continuara.

Quinta anotación de viaje.

Creo que Carl está empezando a tener una desviación en sus gustos,
está siendo atraído hacia un precipicio vicioso,
algo en este lugar lo poseyó, y lo tiene atrapado,
ya no es el ángel que vino conmigo.

No sé por qué habito en sus bordes, como si dejara de crecer la luz en mis sentidos
y en ciertas ocasiones durante la noche, las ocupan sombras espectrales.

SEXTA PARTE

La suave llovizna que los perseguía se disipó, Lino miró a su alrededor, ahora los árboles le parecieron más grandes que de costumbre y los guijarros se transformaron en pedruscos, se encontró en un lugar donde él era una miniatura. Extrañado y gritando el nombre Carl se internó apartando las hojarasca de gran tamaño y ramas secas con el tamaño de troncos, así avanzó hasta llegar a una parte donde unas hendiduras marcaron el final del camino.

—Toma el camino que te parezca más correcto, no mires hacia atrás, allá no queda nada que te pueda detener, —dijo una voz que retumbó a sus espaldas pero que esta vez pudo relacionar con una que ya había escuchado antes. Al darse vuelta en efecto no encontró a nadie detrás de él, era como si un viento le hubiera hablado.

—Tal vez se trata de alguno de los muchachos que se escondió entre los arbustos para jugarme una broma pesada, —se dijo para darse ánimo.

—Recuerda Lino que solo tú posees influencia en los otros, y el suficiente conocimiento para armar la llave que abre la puerta de entrada.

—¿Cual llave, yo no tengo nada?, —gritó desesperado mirando hacia todos lados para ubicar de dónde provenía la voz.

—Sí la tienes, ella se ha mantenido cerca de tus manos, solo que no te has dado cuenta, ¡ve a buscarla!

—Basta, basta, yo no tengo nada, paren la broma muchachos.

Cayó de rodillas desfallecido, pero con los ojos bien cerrados y adoloridos a causa del sudor que le escurría por la frente; pudo entrever a un ser que se acercó, tenía el rostro pálido, los ojos eran solo cuencos vacíos, y el pelo hirsuto le llegaba

hasta la mitad del pecho, era muy alto, y apestaba como si hubiera un animal en estado de descomposición; sintió entonces tanto asco que el arqueo del vómito no se hizo esperar, en ese sitio se le apareció otro ser muy similar al de su primera visión, solo que calvo.

—Después de las dificultades que te hemos puesto, tú supiste llegar hasta aquí, así que cumple con lo estipulado, te hemos estado esperando desde que llegaron los hombres barbados. Solo te falta ofrendarnos lo que más quieres.

Rodeado por estos dos seres oscuros, trató de sobreponerse, buscando en el suelo algún objeto contundente que le ayudara a defenderse. El círculo mortal se fue cerrando hasta asfixiarlo, la terrible desesperación hizo que perdiera el conocimiento.

—Lino despierta, debemos continuar el camino hasta encontrar un pueblo para que nos auxilien, ahora no puedes darte por vencido, —le dijo Carl, y lo ayudó a incorporarse con mucha dificultad.

—Creo que ayer ingeriste demasiado licor y entre sueños varias veces pronunciaste cosas extrañas, hablabas de una llave, y ¿quiénes eran los seres que te rodeaban?, —las preguntas quedaron sin respuesta, mientras Lino se frotó el cuello, y los ojos para recordar lo soñado; miró con extrañeza al jovencito que le ayudaba a caminar.

En aquellos funestos momentos el proyecto de exploración estuvo fuera de control, nada pareció tener pies o cabeza, para colmo Lino se mantuvo en un constante mal humor producto de sus resacas, sin embargo, Alex aplicó todo su conocimiento médico para calmarlo, y evitar colisiones con los viajeros que ahora se reducía a un puñado de desarrapados que deambulaban por la selva.

Con mucho trabajo lograron ponerse de acuerdo, y armar un grupo más compacto con Juan y Carl como los guías. que cargaban unas mochilas con herramientas de trabajo arqueológicos; seguidos por Svan y Don Pedro que llevaban otras mochilas con alimentos, al final estaban Alex, Lino y Sylvia mismos que fueron los encargados de los escasos utensilios de curación.

Las horas fueron pasando entre un calor exagerado y una nube de mosquitos que no les dieron tregua por lo eso sintieron que la selva se había tornado en un

laberinto verde en su contra, sin entradas visible, ni salidas posibles. Optaron por ser lo más cautelosos que en estos casos se pudiera ser, encontraron un claro, allí dispusieron acampar; Juan les enseñó un secreto para ahuyentar a los molestos mosquitos, consistía en hacer una humareda con arbustos tiernos de una planta silvestre en particular que fue un alivio para todos.

Este lugar había sido refugio de alguien más, ya que encontraron restos de fogatas, y trastos herrumbrados esparcidos entre la maleza. La aguda observación de Alex sirvió para constatar que en el lugar se había escenificado una contienda, y que por lo visto el bando de forasteros resultó el perdedor, esto fue certificado por los esqueletos vestidos con pedazos de casacas de explorador y algunos *salacots* (sombrero típico de los expedicionarios) hechos pedazos.

—Es muy extraño Lino, hay varios restos humanos, pero no encuentro restos de los atacantes, es como si hubieran sido emboscados por guerreros, lo más extraño es que solo los mataron y abandonaron en este lugar, sin quitarles sus pertenencias de valor, —comentó Alex sosteniendo en sus manos un antiguo reloj de cadena.

Sus palabras fueron desviadas por Lino hacia un tema distinto, era como si desatinara a propósito para evitar una posible alarma entre los expedicionarios, por lo que ordenó hacer una fogata más grande para pasar la noche en ese lugar. La oscuridad se les vino encima y de nuevo llegaron los ruidos extraños, esos estuvieron más escalofriantes que en otras ocasiones.

—Juan, ¿crees que esos aullidos son de animales peligrosos?, porque tengo un poco de temor que sean jaguares o cosas peores, —preguntó Carl.

—Solo son ruidos que hace la selva para espantarnos, pero aquí junto a mí estas seguro, traigo un puñal entre el pantalón, y con él te puedo defender de cualquier ataque de lo que sea o de quién sea.

—No sean vanidoso eso es tu cosa que traes colgando abajo, porque no traes ropa interior.

El muchacho nativo bajo la mirada apenado, pero dejó entrever una sonrisa, estaba feliz de andar cerca de ese compañero que tanto había esperado durante los días en que estuvo con sus abuelos en el pueblo.

—En ese caso tú también traes uno, pero ese no mata solo hace feliz a Juan cuando lo ve.

—Estas más avisado ahora, pronto serás un chico que puede andar en la ciudad a mi lado. Se le acercó al oído para decirle que sentía una fuerte atracción hacia él y era posible que fuera amor.

Juan esta vez y con mucho atrevimiento le dio un beso en la mejilla a su compañero. Le pasó el dorso de la mano por la cara, y terminó jugando con su cabello que le atraía de sobremanera, Carl le correspondió con un beso en la mano para terminar descansando juntos.

A cierta distancia, escondido detrás de un tronco viejo que yacía en el suelo, Svan miró la escena, sintiendo que el corazón se le aceleraba en el pecho. Sus ojos se le llenaron de lágrimas que se fueron escurriendo por las mejillas dejando un camino de color claro en la piel sucia de polvo.

—No soy rival para el muchacho nativo, debo olvidar a Carl antes de que sucedan cosas peores, que de por sí ya estamos en un problema, —se dijo limpiándose las lágrimas.

Con los primeros rayos de la mañana encontraron a Don Pedro que murió de forma repentina por causa de una mordedura de serpiente así lo demostró las huellas amoratadas que se veían en su pierna; a partir de ese momento se necesitó compartir la carga entre menos personas.

Lino llevó a cabo una nueva recomposición del grupo, que no fue muy aceptada por todos; pero ante la negativa de persistir en el viaje éste procedió a aligerar la carga, por tanto, eliminó los objetos menos importantes a su criterio.

Svan y Juan irían adelante detrás de ellos caminarían Sylvia con Alex cargando ahora una maleta de mimbre con material de curación. Al final irían Carl y Lino, esto no pareció ser del agrado del muchacho rubio, que de mala gana avanzó por el camino, evitando en todo momento acercarse a su profesor.

Durante el trayecto la desconcentración de Lino fue en aumento, tomó tanto licor hasta sentir que le quemaban las entrañas, pero esto le resultó de gran alivio para sus tensiones que el acontecer cotidiano le provocaban. Fue una forma muy destructiva

de evadir la realidad, sin embargo, ésta siempre terminó por echarle por tierra toda suerte de escapatoria para el grupo.

Alex como médico de la expedición le empezó a administrar fuertes dosis de analgésicos para calmarle los frecuentes dolores de cabeza, pero, la droga comenzó a provocarle alucinaciones frecuentes.

A toda hora veía sombras que se arrastraban hacia él, o también se escondían entre la maleza, pero él sabía que estaban ahí. Para colmo de males la picadura de algún insecto ponzoñoso en el brazo le hizo una purulencia que derivó en fiebres altas que lo pusieron al borde de la muerte, pero su destino no estaba planteado para terminar en esos momentos.

Sexta anotación de viaje (*en las inmediaciones del inframundo*)

Cierro la herida que me he provocado,
ya en mí no hay sangre que aportar en esta terrible inmolación,
así que abandonaré toda posibilidad de vivir,
sin el calor de sus manos o el olor de sus labios que se han ido para siempre.
Una puerta se abrirá inesperadamente,
para agitar el paisaje, las hojas, los árboles,
incluso me moveré entre los aires impalpables,
todo se esparcirá y el paisaje quedará desolado,
desde una máquina que palpita iniciaré el nuevo viaje.

SEPTIMA PARTE

La comida escaseó y cada vez los viajeros parecieron más agotados, por lo que se vieron obligados a buscar frutas entre los matorrales, gracias a Juan nadie cayó envenenado, ya que para todos ellos las vistosas frutas tropicales se apreciaban apetitosas, pero en realidad algunas eran letales.

Por lo regular recolectaban unas veinte o treinta piezas, en realidad solo diez eran comestibles, así que hubo una readaptación a esta forma de vida, por lo tanto, requirieron de todo el conocimiento que Juan les transmitió durante las sofocantes caminatas.

Fue durante una de esas búsquedas de alimentos cuando Alex desoyendo las advertencias de Juan cayó envenenado a causa de probar quien sabe qué cosa; no hubo violencia en su muerte ya que no manifestó ningún gesto de dolor porque lo encontraron sentado sobre un pedrusco mirando paciente hacia el suelo y con una ligera sonrisa en los labios, además de un tono azulado en los labios; por momentos les pareció que estaba en espera de que sucediera algún evento.

Lino cavó una sepultura para Alex, con él también se fue una parte de su cordura, una intensa lluvia reblandeció la tierra por lo que tuvieron muchas dificultades para colocar el cuerpo inerte del fallecido, Lino bajó hasta el agujero encharcado y le dio un beso en la frente, tomó el cordel que sostenía el amuleto de su amigo para arrancarlo de un tirón.

— ¡He aquí la ofrenda que han pedido, quienes sean ustedes, ya pueden estar satisfechos!, —gritó Lino mientras cubría con tierra al muerto hasta quedar un pequeño promontorio tapado con algunas piedras.

Por largas horas sostuvo el amuleto entre las manos dejando que la llovizna lo empapara para confundir el llanto con agua; recordando la promesa de amar a Alex hasta la muerte una y otra vez. Para la noche en un cambio repentino ordenó las tareas de quienes harían la primera guardia, esta vez decidió que Carl y Svan llevarían a cabo esa tarea, después serían Sylvia y Juan, tenía que separar a los amantes de cualquier manera, estaba celoso y no lo quería reconocer, pero, muy adentro de su pensamiento estaba la imagen de Carl en el espejo.

La ronda final la llevaría a cabo él solo, sin nadie a su lado, no era una orden era la forma en que se torturaba comiéndose las uñas en silencio hasta que sangraba por los dedos.

Una obstinada llovizna bañó la fronda de los árboles y una lúgubre luz grisácea ocupó todo el espacio, desaparecieron las sombras de todos los objetos animados e inanimados, esta fue una manera triste de despedir a su amor de joven, acurrucado en un rincón le llegaron los recuerdos revueltos con el sueño.

Las luces del Metropolitan Opera House de Nueva York se apagaron para dar paso a la puesta en escena de *Les Indes Galantes* (Las indias galantes) de Jean Philippe Rameau, ambientada en una Europa postapocalíptica. Lino y Alex se encontraban entre el público estaban ciertamente azorados al escuchar y observar el montaje de *les sauvages* (los salvajes), la música le llegó a Lino hasta lo más profundo de su ser, y un suspiro profundo por la *epifanía* (cuando una persona comprende de pronto una verdad clara e importante) que le pareció tener sobre su amigo.

A la salida de la ópera dejaron atrás la formalidad de su vestuario y Lino se quitó la corbata, de un salto subió a una pequeña tapia misma que los condujo hasta Central Park, sentados en la hierba observaron la luna mientras dialogaron sobre la existencia de otros mundos donde quizá en esos momentos dos extraterrestres se

preguntaban lo mismo. Pasaron a temas más existenciales sobre los afectos y esas lides.

—Prométeme Lino que nunca me dejaras solo, me estremece pensar que puedo morir sin que me des una despedida, de esa que siempre me dices cuando estas de buenas, recuerda que soy el mejor de tus amigos, y te acompaño en tus aventuras.

—No te prometo nada, solo te puedo decir que te protegeré de cualquier mal que te pueda afectar, pero verte morir no está entre mis planes.

Terminaron degustando de unas botellas de buen vino en el departamento de Lino, allí los acontecimientos pasaron a mayores estadios, finalmente sellaron los pactos compartiendo el mismo lecho nocturno.

Nadie replicó las órdenes de Lino; así que Svan tomó el rifle del difunto Alan y se acomodó en la posición asignada al lado de Carl. Por su parte Sylvia se limitó a peinarse mirando el cielo nublado que se extendía por el horizonte. Lino no pudo resistir la tentación y se acercó a la muchacha que exhibía voluptuosa las redondeces de sus pechos; sin medir las consecuencias la tomó entre sus brazos, así sucedió lo inevitable ante la fría mirada del resto de los expedicionarios que pareció no interesarles el acto. La oscuridad hizo el resto de la historia.

—Buenas noches, Lino espero que ahora si descanse, —le dijo Sylvia en un tono irónico que se pudo advertir por la sonrisa de lado que mantuvo.

Fue la hora tomar las posiciones de guardia, y por una vereda aparecieron Carl limpiando sus lentes, junto con Svan acicalándose el pelo para verse mejor según él; a la pasada tomó una improvisada antorcha y ambos se acomodaron un sitio apartado de los demás. En la profundidad de la noche con una brisa soplando del norte Svan lo miro, por un largo espacio de tiempo se abstuvo de musitar alguna palabra, hasta que se armó de valor.

—Sé que muy poco te has percatado de que existo, por mi condición de ser un pobre maquinista, pero te quiero decir que fue gracias a observar qué usas un colgante similar al mío, que sentí el deber de continuar con este viaje.

—Vaya viaje el que decidiste hacer junto a nosotros, esto es un verdadero desastre; ah y si te refieres a esto, no tiene ningún significado para mí, es solo un colgije sin valor que según Juan es un amuleto de la buena suerte.

Svan le dirigió una mirada interrogante haciéndole ver que ese objeto no era insignificante ya que el muchacho nativo cuando estaban en el arroyo le había dicho unas palabras que lo desconcertaron. Esto le condujo a la conclusión de que este joven había sido el entrometido que los espió en el arroyo.

El muchacho maquinista se incomodó al verse atrapado por sus propias palabras, ahora debía de sortear la plática aclarando que había visto la escena de amor entre los dos, pero que eso lo tenía sin cuidado, eran los gustos de Carl.

—Oye Svan, entonces sabes más que todos los que quedan vivos por aquí, porque no mejor vamos hasta el principio, y me recuerdas eso que sabes, primero dime qué viste en el arroyo cuando estaba con Juan.

—No directamente estuve ahí, a la distancia desde la goleta vi cómo se perdían tú y el muchacho nativo, después el Doctor Lino los siguió con una actitud sospechosa, por eso yo intuí una especie de celos sobre su relación, y él podía tomar acciones malas, pero, todo eso me tiene sin cuidado, yo solo pienso que tú estás aquí ahora, y eso es lo más importante para mí.

Los efectos nocturnos y la tranquilidad terminaron por crear el ambiente propicio para que ambos tuvieran un acercamiento más pleno, la plática se prolongó hasta que se unieron en un abrazo que dio pauta para sentir la piel del otro compañero, y comprobar que no era solo el efecto del sentido de la vista aquello que lo acercaba a Carl, sino que había mucho más para entregarle a ese cuerpo viril del muchacho maquinista.

Aunque no fue una forma recomendable para acercarse al esquivo jovencito, que era para él solo el chico de los lentes, Svan hizo hasta lo imposible por retener esta imagen en su mente y en sus manos hasta que la culminación borró cualquier rastro

de distancia, quedaron juntos mirando el firmamento que por momentos les pareció decir que *todo estaba hecho*.

La vorágine de caricias dio paso a esos lugares que solo los amantes frecuentan, sin pensarlo prefirieron convertirse en los nuevos Adanes que vivían en ese extraño paraíso nocturno, no quedó nada por acariciar o visitar, finalizaron el encuentro con una fuerte aspiración prolongada, de allí todo regresó a la tranquilidad con un abrazo que se extendió hasta entrada la madrugada.

—Juro que jamás podré olvidar este hermoso encuentro con un ángel llamado Carl y que ahora está acostado sobre mi pecho.

—Bueno no tiene por qué ser un encuentro, ahora puedes estar cerca de mi sin que nadie nos diga nada, he demostrado que somos dos hombres adultos que pueden estar juntos, serás mi otro guardián, el de mis sueños.

—Eso no lo merezco, pero si tu así deseas velaré tus sueños desde hoy.

Descansaron juntos después de su extenuante jornada sentimental, dejando que las horas y el universo caminaran lentos por el cosmos.

Carl tomó una rama seca y de travieso, hurgó la oreja de Svan que se encontraba dormido, y amagó con la mano como espantando un molesto mosquito, en un movimiento le atrapó la mano, puso un beso en ella, forcejeando con este que reía sin hacer mucho ruido al ver que su broma había causado un efecto de sorpresa.

El muchacho maquinista se acomodó entre las piernas de Carl para observarlo con detenimiento, a veces deslizaba sus dedos por una de estas y lograba ponerle la piel erizada.

Producto del encuentro con el erotismo y el excesivo trabajo al que fue expuesto durante el día, Svan, cayo dormido, aunque sabía de máquinas no tenía ni idea de lo que era caminar incesantemente por un lugar agreste y complicado como resultaba ser esta selva ese no era su mundo.

—Eres un chiquillo dormilón, te gané en mantenerme despierto, así que pude observar cómo duermes tranquilo, es decir que te sientes muy seguro al estar a mi lado, gracias Svan, toma esta fruta, pensaba comerla, pero mejor te la doy.

Somnoliento todavía cachó la fruta en el aire y tomó un buen bocado, después le ofreció una parte a Carl que para su sorpresa le dio otro bocado, ambos rieron como una forma de dar por terminada la extenuante jornada de vigilancia y el encuentro con el placer, Svan se puso de pie y lo tomó de la mano para incorporarlo, durante un breve tiempo retuvo la mano haciendo una breve caricia para acomodarla en su pecho.

—Eres una gran persona, estuviste magnífico hace unos momentos, hiciste más de lo que yo suponía, —murmuró Svan en voz baja al oído mientras presionaba en su pecho la mano del amante nocturno. El jovencito se limitó a mirarlo con aprobación, y le depositó un beso profundo en la boca del feliz Svan que no salió del asombro por varias horas. La parte más intensa de la noche cayó sobre los debilitados sobrevivientes de este viaje.

Con la claridad del día continuaron por el camino; a cada centímetro de selva avanzado enfrentaron nuevos retos, por momentos regresó a Lino una vaga sensación de que algo había de especial en este viaje, pero existió en este plano otro ente o alguien que deseaba su fracaso; conocía el lugar como sumamente peligroso, y ese día lo pudieron comprobar a medida que avanzaron.

—Svan, déjame ver tu amuleto, ¿dónde lo obtuviste?, —preguntó Carl con mucha curiosidad.

Mientras caminaban le contó la historia del Bonko y de cómo le regaló la pieza a cambio de un favor; no hubo duda, el muchacho tenía una ávida imaginación ya que mucho del relato le pareció exagerado todo el tiempo, arrancándole una franca sonrisa, finalmente resultó ser dueño de una pieza más del rompecabezas de este viaje.

—Debemos consultar con Juan para saber el significado de estos jeroglíficos, él sabe mucho sobre esto, espero que eso no te cause problemas, aquí somos solo unos exploradores nada más.

Después de un breve descanso continuaron la caminata con las luces del mediodía, nunca se percataron que el camino tomado pasaba por una zona de suelos peligrosos, sin que pudieran hacer mucho para mantener la cohesión, Sylvia

confundi3 el camino y cay33 repentinamente en una ci3naga de arenas movedizas, por m3s que hicieron un gran esfuerzo para rescatarla no pudieron moverla ni un cent3metro. Carl mir3 estupefacto la escena, los ojos grises de Svan se le clavaron hasta lo m3s profundo de su alma, cuando este tendi3 su mano para tirar de la muchacha.

—Ni lo intentes Carl, ella tiene mucho peso, as3 que ser3 mejor arrojarle un palo para que se pueda agarrar, y entre todos la ayudaremos a salir.

Svan y Juan trataron por todos los medios de salvar a la muchacha que gritaba m3s alto mientras el oscuro pantano la absorb3a sin que nadie pudiera hacer nada. Poco a poco la mano de Sylvia fue resbalando por el fuerte brazo de Svan, hasta que no pudo aguantar m3s, y se solt3, 3sta se perdi3 entre las arenas movedizas; despu3s qued3 la selva con su habitual murmullo; una manada de monos aulladores alborotados entre las copas de los 3rboles dio por terminado su esc3ndalo y se fueron del lugar, solo el viento qued3 rondando por el sitio.

Una garza de color cenizo se pos3 en la rama de un 3rbol cercano al pantano, extendi3 las alas, pudieron ver en el plumaje el reflejo de una luz cegadora, todos se cubrieron los ojos, y se escucharon unas palabras susurradas por el viento.

—Lino, los designios se van cumpliendo, ya puedes venir hacia el portal, para reunirte con nosotros.

En fracci3n de segundos desapareci3 el murmullo, y la garza iluminada alz3 el vuelo hacia el cielo, perdi3ndose de vista. Los cuatro expedicionarios quedaron alizados por unos instantes, con lentitud recobraron la vista y aparecieron en un lugar que no era la orilla de la ci3naga pantanosa.

Boquiabiertos y con pasos indecisos se adentraron en el extra3o paisaje sin vegetaci3n, con enormes piedras labradas de aspecto ruinoso que se multiplicaban a medida que el escarpado perfil bajaba hasta un r3o de color ensangrentado, pero m3s bien era que el fondo del agua que estaba impregnada de una arcilla rojiza revuelta con *cinabrio* (sulfuro de mercurio) que le daba ese aspecto rojo sangre.

A la distancia se escuch3 el estruendoso rugido de una cascada; as3 que caminaron por entre unas piedras que serv3an de puente hasta un r3o, alcanzaron el

punto donde se encontraba dicho elemento natural. La diferencia de alturas era como de unos quince metros *o quizá menos, como veinte*, viéndolo desde ese punto la única forma de bajar era saltando al agua.

El primero en saltar fue Lino, después sin pensarlo mucho lo hicieron Juan y Svan, Carl quedó solo temeroso de saltar, así que se acercó a la orilla para después retroceder; tardó tiempo en decidirse a pesar de las exclamaciones de aliento de sus compañeros para que saltara.

Por fin decidió saltar y quedó sumergido hasta lo más profundo, salió tomando una enorme bocanada de aire; Juan y Svan lo tomaron cada uno por un brazo nadando con ellos hasta la orilla, donde cayeron desfallecidos en la arena, los tres muy juntos quizá por una casualidad.

—Gracias mis queridos compañeros, les agradezco mucho que me hayan salvado de morir ahogado, —dijo Carl, acariciando el rostro de sus dos salvadores.

—Este será un buen lugar para acampar, hay agua cerca, y parece seguro, —intervino Juan que escudriñó cada parte de la zona para comprobar que les era convincente, una inmensa saliente en una roca les sirvió de techumbre; Svan hizo lo propio al escudriñar el escarpado paisaje dejado atrás.

Entre los dos muchachos juntaron ramas secas y encendieron una fogata. Solo Lino se quedó a vigilar el sueño de los tres. El sonido constante del agua precipitándose hacia un remanso ayudó a todos que se sintieron arrullados, se aflojaron del cuerpo y por primera vez descansaron tranquilos.

Svan fue el primero en levantarse a la mañana siguiente, se fue a la cascada para refrescarse; se lanzó al agua, y nadó de un lado a otro; en ese momento sintió que sus pies se habían enredado en unas ramas, trato de zafarse, pero más se apretaban, eran ramas largas de extrañas plantas acuáticas que lo sujetaron jalándolo hacia el fondo.

Cada vez que lograba llegar a la superficie, jalaba una fuerte bocanada de aire al mismo tiempo se sumergía para buscar aquellas plantas que le impedían salir del agua; después de varias irrupciones recordó su cuchillo y empezó a cortar las ramas hasta quedar libre.

Una vez despiertos el resto de los viajeros buscaron a Svan por la ribera del río, hasta quedar agotados, por lo visto éste también había desaparecido como todos los demás. Unas horas más tarde encontraron el cuerpo extenuado del muchacho aún con vida; Juan le dio auxilio, y respiración de boca a boca por lo tanto Svan regresó de nuevo a la vida un poco extrañado por lo ocurrido, porque la segunda bocanada de aire se convirtió en un beso de lengüita para el asombro de Juan. La sonrisa en la cara de Juan fue como una aprobación al hecho, que termino por hacer reír a los tres.

—Estaba seguro de que no me dejaría morir amigo Juan, además besas muy rico, ya sé porque Carl te quiere mucho, —respondió el muchacho sacándose el pedazo de playera para exprimirla y secarse.

Estas palabras hicieron que Juan se sonrojara, pero aguantó la broma sin cambiar a una actitud de defensa, solo le dio una palmada en el hombro al rescatado; como Svan tosía un poco retrasaron el viaje hasta que recuperara del todo, dejando pasar una noche más en ese lugar que era lo bastante seguro.

Continuaron el viaje, ahora más relajados; hasta llegar a lo que Lino consideró ser un altar cilíndrico de piedra, tenía unos extraños relieves a su alrededor que señalaban hacia cuatro abultamientos.

Los conocimientos de Lino no dieron para más, no podía comprender qué significaban esos relieves, en ese momento ni siquiera podía deducir a qué cultura pertenecían porque los mayas tenían otros cánones estéticos.

Se trataba de un trabajo más antiguo, debido a que los líquenes y el moho lo tenían cubiertos en su totalidad, después de limpiar una buena parte de los abultamientos, se fijó que la escena representaba lo que en esos momentos estaba sucediendo, pero eso resultaba ser una locura, como podían los antiguos saber que los cuatro estarían parados frente a ese altar de piedra. Aparecieron dibujados cuatro personajes amarrados por el cuello por una soga que daba vuelta al altar, en el centro un ser con una máscara de la muerte sostenía la soga.

Los acontecimientos se habían salido de la realidad, todo parecía ser producto de una pesadilla, y que en cualquier momento sonaría la alarma del despertador en el departamento de Lino.

—Voy a despertar sentado al borde de mi cama en New York, —pensó mirando a Juan que lo tenía agarrado de la mano. En esos momentos Lino se derrumbó de rodillas sobre el suelo polvoriento, ahí dibujó unos círculos concéntricos con los dedos, —eso debe ser, estamos soñando, —se repitió varias veces para ver si despertaba, y perdió el conocimiento. La noche envolvió el horizonte con una oscuridad sin estrellas que dominó todo el desolado paisaje.

Con la escasa luz de lo que consideraron sería la mañana, llegó otra niebla tan densa que no permitía ver más allá de la nariz, Lino se levantó, y como si estuviera borracho buscó a los muchachos durante varios minutos deambuló con los brazos extendidos, primero encontró a Carl desfallecido sobre una roca cuadrada.

—Carl despierta, ¿dónde está los otros dos chamacos?, —preguntó, y asustado empezó a buscarlos tanteando la piedra donde descansaba el jovencito, solo encontró sus amuletos en una mochila llena de tiliches inservibles.

—No lo sé Lino, estaban aquí hace un momento, creo que se fueron a hacer del baño o a buscar frutas, no lo sé, no lo sé, —repitió el jovencito varias veces mientras se llevó las manos a la cabeza.

Carl se desesperó tratando de encontrar a sus compañeros por los alrededores, pero todo intento resultó inútil, la niebla les impedía ver, así que se agachó a llorar esta pérdida que tenía un gran significado para él en especial Juan que era más que un compañero de viaje, acostumbrado a las desapariciones no le quedó más remedio que seguir los pasos de Lino.

Hacia lo que consideraron era el medio día la niebla se disipó y mostró otro paisaje muy diferente al que había cuando encontraron el altar; es más, éste había desaparecido junto con los dos muchachos. Frente a ellos apareció la entrada a una cueva. Decidieron adentrarse hasta donde la luz llegaba, al dar un raro giro la escena, se encontraron parados en la salida del otro lado de la cueva.

Apareció otro camino cubierto con cal, lo siguieron por un breve intervalo de tiempo hasta llegar a una elevación del terreno donde divisaron todo el paisaje, una vez en la cima vieron dos ríos que se juntaban en uno solo, y atrás de él, las cresterías de los templos de una ciudad que sobresalían del mar verdoso de árboles

que las rodeaba. Con paso firme pero acelerado se encaminaron hacia donde consideraron que se encontraba el centro de la ciudad. En su loca carrera se detuvieron frente a un derruido puente que separaba el sitio.

—Espera, vayamos más despacio este puente se ve peligroso, además no puedo caminar más, estoy exhausto siento que me voy a desmayar, tenemos que descansar, ¡Lino, hazme caso por favor!, —expresó Carl jadeando.

Nada hizo reaccionar a Lino, ni siquiera las palabras desesperadas de Carl, por lo que caminó todo el tiempo atrás de él para cuidarlo de que no cayera al precipicio. Los dos avanzaron de forma entrecortada hasta las inmediaciones de la ciudad como si unas manos invisibles los atrajera, sintieron un fuerte ardor en los ojos, y un calor que les quemaba el rostro.

—¡Mira allí está la luz!, ese es el centro de la ciudad, estamos salvados porque es aquí donde los dioses se comunican con los hombres, es el principio de la humanidad, —gritó Lino.

—Lino, regresa por favor, ahí no hay nada, es solo un espejismo creado en tu mente, te estas volviéndote loco, eso de allí es un remolino de arena y parece peligroso.

—No, eso es lo que ellos quieren presentar en tu mente débil, tú no has nacido para comprender estas cosas, estas negado para eso y otras cosas más, pero recuerda muchacho, yo siempre he sido el elegido, por lo tanto, entrégame los amuletos de Svan, Juan y el tuyo, después lárgate y muere solo donde a ti se te ocurra, yo me quedaré aquí.

Obedeciendo la orden el jovencito le entregó los amuletos con las manos temblorosas, en vano trató de tomarle la mano de Lino, pero fue rechazado con severo golpe en el pecho que lo hizo retroceder.

—¡Lino, no hagas eso, sabes que yo te estimo, aunque me hayas hecho pasar por situaciones difíciles, en el fondo no puedo permitir que te sucedan cosas malas!, —gritó Carl entre lágrimas.

—Déjame solo, no necesito de tu lástima, a donde voy no hay cabida para gente como tú, lárgate monstruo sodomita, engendro del mal, —le gritó Lino, enfurecido, con los ojos desorbitados y enrojecidos de ira.

Los ojos del jovencito se llenaron de lágrimas, quedó *de la noche a la mañana* sin las únicas personas que lo amaban realmente, ahora el profesor había herido sus sentimientos, así que borró la imagen de Lino cerrando los ojos, este se introdujo entre una borrasca de pedruscos y arena que volaba por el aire en un singular torbellino que de la nada se fue haciendo cada vez más grande.

Lo último que vio el muchacho fue como ese girar de pedruscos y arena hicieron desaparecer a Lino, hasta que en un solo instantes todo se precipitó al suelo.

Carl desesperado emprendió la huida corriendo hasta el río de sangre y se lanzó hacia su interior, unas extrañas manos invisibles lo arrastraron hacia el fondo, consideró que en ese momento moriría, una extraña oscuridad le rodeo y perdió el conocimiento.

Séptima anotación de viaje.

No sé qué me sucedió, pero por más que intento describir lo que pasó en este viaje, solo tengo frases sin sentido o desarticuladas.

—Recuerda Lino que solo tú posees la influencia en los otros, por tener la llave del destino, —¿Quiénes son esos otros, que acaso se refieren a los compañeros de este funesto viaje?, y ¿Cuál es esa llave, es algún artefacto?, artefacto, facto, to...

El resto lo formaron garabatos que no mostraban nada, solo rayas y más rayas.

EPÍLOGO

Lino pasó a un lugar silencioso donde se extendía un piso formado por grandes bloques de piedra, todas las edificaciones a su alrededor eran metálicas y daban la apariencia de haber sido construidas en esos momentos; el centro del lugar era dominado por una majestuosa ceiba metálica, detrás de ella se erigía una pirámide invertida que giraba sobre su vértice, también observó un basamento, y una escalinata central decorada con serpientes que remataban arriba en unos crótalos abstractos. La parte superior era un templete de forma cónica que servía como punta a toda la estructura.

En el primer peldaño de la escalinata central pudo observar entre los glifos mayas esculpidos, la imagen del horizonte neoyorquino con el remate puntiagudo del edificio *Chrysler*. En el siguiente estaba la efigie de la goleta *Kassandre* sobre un mar de grecas y un símbolo que parecía un rayo. En otro más estaba dibujado un horizonte de palmeras como fue la llegada a las costas de Tabasco. En el siguiente se representaba el fuego que surgió de la nada, y que destruyó la *Casa de Mando* ubicada sobre un montículo en el pueblo de Juan.

Continuó subiendo hasta llegar al último escalón, en él se mostraba a un hombre rodeado de rayos que salían de un triángulo suspendido en el aire. Dirigió la mirada hacia el templete y se adentró por una de sus cuatro puertas; al centro encontró una hendidura en el piso en la que se representaba las *K'aaxtuun o Piedras de Selva*, sacó todos los amuletos de su alforja, se arrodilló para colocar las seis piezas en cada uno de los espacios predeterminados; una vez colocado el último estos se hundieron

en el suelo, todo se iluminó de manera fulgurante, se llevó las manos al rostro, y sintió de nuevo un calor que abrazó su cuerpo.

Cuando empezó a sentirse más tranquilo fue retirando lentamente sus manos, y abriendo los ojos; ahora estaba de pie en una enorme habitación cuadrada bañada por una luz blanca que venía de la parte superior, al frente parte de un enorme rostro humano en piedra que miraba hacia la distancia.

Del fondo aparecieron dos seres con la cabeza plateada cubierta por un paño fino semitransparente lo observaron atentos.

—¿Quiénes son ustedes?, —preguntó Lino.

—Somos el todo y la nada al mismo tiempo, soy tu conciencia, y la conciencia colectiva de todos los seres vivos; cuando llegaste aquí estabas confundido, no sabías si este lugar existía, así que nosotros te guiamos; pusimos a todas las personas y a todos los presagios para que no te perdieras, y llegaras puntual a la cita, aunque ya nos habíamos visto antes, nos relacionaste con los dioses del inframundo *Hun Camé* (uno muerte) y *Vacub Camé* (siete muerte), pero en realidad no tenemos rostro, ni nombre.

—Porque razón eliminaron a mis compañeros para llegar a ustedes, no había necesidad de tantas muertes.

Los dos seres le dijeron a Lino que su tecnología era muy avanzada, y sin su ayuda nunca habría podido llegar hasta este portal dimensional, además los compañeros de viaje en mucho auxiliaron para que todo eso sucediera como parte de la estrategia que diseñaron con anticipación, aunque le aclararon que algunos de los acompañantes solo estaban implantados en la realidad por una inteligencia artificial.

—¿Quieren decir que ninguno de ellos eran seres vivos reales?

—Así es: Sylvia, Héctor, Julio y la tripulación del *Kassandre* eran implantes, solo: Alexander, Carl y Alan eran casi reales; para el caso de Juan y Svan se trataban de unas entidades cósmicas que ustedes les llaman *ángeles*, para que te vigilaran todo el tiempo por eso tenían otras ideas sobre el comportamiento afectivo, así fue como los reubicamos al llegar a las cercanías de esta puerta tansdimensional.

Lino miró hacia donde señaló uno de los seres, pudo observar los cuerpos de Juan y Svan que flotaban dentro de unas capsulas con líquido azulado, sus ojos estaban cerrados, y una serie de tubitos blandos estaban conectados en sus pechos, además llevaba una especie de casco metálico conectados a otro tubo que salía de la parte superior.

—No es posible, esto debe ser una broma, yo hablé y viajé con ellos, los dejé de ver por unos instantes, y ahora están aquí suspendidos dentro de esos tubos transparentes; en estos momentos que yo estoy frente a ustedes. ¿Qué quieren de mí?

—Es cierto, los viste desaparecer, pero realmente solo duermen en estado criogénico; en lo respecta a ti tienes en tu ADN un objeto que nosotros necesitamos recuperar para continuar el viaje interrumpido hace varios siglos.

—Qué demonios puedo tener yo en mi ADN, que ustedes no puedan construir ya que su tecnología se supone está más adelantada que la nuestra.

—En el pecho tienes un elemento llamado AGEMO escondido en el núcleo de tu ADN que te fue implantado hace algunos años, tu serviste como receptor y guardián hasta que regresáramos. Dentro de ti se encontraba seguro por eso siempre tenías la sobaquera llena de bebida alcohólica que regulaba parte del componente en que se encuentra sumergido el elemento; ahora recuerda esta imagen.

Uno de los entes le puso la mano tridáctila en el rostro de Lino, y enseguida empezó a visualizar una imagen, a medida que se aclaraba se vio de niño, jugando con una pelota, y después caminaba con su mamá tomado de la mano, hasta el consultorio de un médico, este le puso una vacuna para que estuviera libre de enfermedades; fue una escena que siempre rememoraba en sus sueños, porque después de eso pasó varios días tirado en la cama con mucha fiebre, tomando caldo de pescado que empezó aborrecer desde ese tiempo.

—Por esa razón nunca estuviste expuesto a enfermedades propias de los humanos durante su infancia, —dijo el ente retirando la mano.

Por su parte el otro agregó, que existen otras entidades obstinadas en hacerle daño a la humanidad, destruyéndola para que se inicie otra era con una nueva raza

de seres distintos al Homo Sapiens Sapiens, pero ellos pueden impedir eso, y por tal razón escondieron este elemento genético que ahora extraerían y así poder preservar para siempre la raza como tal.

—Entonces porque no lo toman y me dejan tranquilo de una vez por todas.

—Es que para eso necesitamos que estés relajado, con la mente en blanco, para que podamos hacer una incisión en tu médula ósea y sustraer este elemento

—¿Dolerá?

—Es probable, pero después volverás a la normalidad, tanto así que regresarás a ver al ser que has querido tener junto a ti; será una nueva oportunidad para que hagas lo correcto, eso lo podemos hacer con facilidad, ahora recuéstate en el suelo y déjate guiar.

Lino sintió lo frío del piso al mismo tiempo que del techo salieron unos sujetadores metálicos para suspenderlo en el aire, estaba flotando. Una esfera metálica del tamaño de una canica se introdujo en su boca al momento que creció hasta no permitir ser ingerida o vomitada, no podía salir de ahí.

Unas manos mecánicas le sellaron todos sus orificios con tapones de acuerdo con el tamaño de estos, pudo escuchar las voces de los extraños, como ecos lejanos, después fue subiendo de tono una pieza musical, era *el Verano* de Antonio Vivaldi, con lentitud la luz se fue atenuando no pudo ver nada más que la oscuridad ocupar el espacio.

Apareció un androide que desplegó sus brazos para rodear a Lino, estos se alzaron y en el acto miles de pequeñas agujas de cristal sujetas a mangueras atravesaron su cuerpo ahora inerte; unas fueron trasladando la sangre hasta un recipiente esférico que flotaba mientras otras la retornaban.

Reciclaron todo el líquido vital del cuerpo hasta terminar el proceso y dejando un color pálido en su piel, a continuación, las agujas se retractaron, y su cuerpo quedó flotando en el espacio; uno de los seres colocó la mano donde estaba su boca y sopló. Un fino vapor plateado rodeó a Lino que en el acto recobró el color normal de su piel.

—Regresarás a donde estabas para no decir nada, aún no es tiempo de que los humanos sepan de nuestra existencia. Hemos llegado a la raíz del problema, tenemos el elemento clave del origen humano, y podemos hacer otra generación, por si ésta da un algún mal paso y acabe por autodestruirse.

Las imágenes se detuvieron como sucedía en las viejas películas en donde se quema la cinta y la pantalla quedaba en blanco, llegó un silencio sepulcral en la cápsula criogénica en la que flotaba, que mucho tenía de féretro también.

De nuevo el corazón de Lino empezó a latir y una luz violeta escaneó su cuerpo, sus pulmones se llenaron de aire, volvió a respirar el oxígeno puro de la cápsula antes de que la máquina criogénica descongelara su cuerpo. Salió del artefacto y cayó de bruces en el suelo vomitando una sustancia viscosa, se incorporó y fue hasta donde había un señalamiento de baños, se duchó con mucho cuidado, como si conociera el lugar sacó ropa de un casillero y se fue a la calle.

Un anuncio flotante en un dirigible anunció la llegada de la nave Discovery que se había posado en Europa, una de las lunas de Júpiter, y los tripulantes estaban mandando imágenes del lugar.

Llegó hasta el ancestral Museo de Historia Natural de la ciudad de Nueva York, pasó su tarjeta por un lector óptico y se acomodó en un amplio salón, dejó volar su imaginación hacia otras latitudes quedando ensimismado.

Una puerta se abrió sorpresivamente haciendo que Lino regresara a la realidad; de ella surgió la figura de una secretaria/androide, vestida de negro, con una tableta electrónica de notas entre las manos, con paso resuelto se dirigió hasta él.

—Doctor Lino Brahe el Director le está esperando, sígame por aquí, —dijo con voz mecánica.

La oficina era como la antesala al teatro de lo absurdo, a través de la poca luz que se escurría por los muros lisos pudo ver al fondo, detrás de un escritorio de cristal la figura regordeta del señor Max O'brian, Director del Museo, quien al percatarse de su presencia se levantó trabajosamente para recibirlo con los brazos abiertos, diciéndole en tono amable, pero fingido...

—Seré directo con usted doctor Brahe, por lo que no será necesario que le presente a mi sobrino Carl Richter, ya que usted lo conoce desde que fue su alumno en la Universidad, ¿No es así?

FIN

ESTE SI ES EL FIN

La figura de un hombre robusto y alto vestido de blanco que lucía una corbata azul turquesa entró por la puerta, se hacía acompañar por dos jóvenes con batas blancas de las que usan los médicos, que lo seguían atentos a las indicaciones del primero.

—Conchita, ¿qué les pasó a estos tres muchachitos?, —preguntó el doctor Manuel Mayans con su voz pausada, mirando a una joven enfermera que estaba en el lugar sosteniendo en las manos una libreta.

—Los trajeron unos campesinos, dicen que se los encontraron tirados en un playón del río Grijalva allá por la ranchería Aztlán, no saben quiénes son o de dónde vienen, yo diría que estos dos son gringuitos, el otro morenito puede que se de los de aquí, no tienen lesiones aparentes, pero si un poco de fiebre, como seña particular los tres tienen ese dibujo en el antebrazo; ah, también encontraron entre las ropas del primero esta libreta con papeles escritos en inglés, por eso digo que ese jovencito seguro es gringuito.

El médico dio un breve vistazo a la libreta, y se acercó hasta observar con más cuidado el antebrazo de Carl.

—Parecen ser unos tatuajes muy extraños a base de pequeños cuadritos, y tres más grandes en la orilla, nunca había visto algo parecido, puede que sean marineros que son los únicos que se ponen tatuajes. Doctores, estos pacientes estarán en observación hasta que recobren el conocimiento. Conchita, si no han mejorado en

una hora les aplicaremos un suero con vitaminas para reanimarlos, después averigüen como se llaman y de dónde son.

La enfermera hizo rápidamente una anotación en la tabla de diario: “27 de noviembre de 1932, ingresaron al Sanatorio Juchimán tres jóvenes rescatados sin paradero aparente, se les suministrará un suero vitaminado para que se recuperen y quedarán bajo la supervisión del médico Abraham Castro...” Terminado el reporte, se retiró, apagó la luz y cerró la puerta.

Desde la cama que ocupaba Svan sus ojos sintieron un gran alivio por la penumbra, y en la boca dibujó una débil sonrisa, estaba de nuevo entre los dos muchachos que más quería. Con mucha dificultad acercó su mano para atrapar la de Carl que se empezó a mover, hizo lo mismo con Juan.

—Los amo, chamacos tontos.

La penumbra bañó las paredes, el techo, el suelo, las simples sombras desaparecieron, sus cuerpos retornaron a la temperatura normal.

La puerta se entreabrió y uno de los jóvenes médicos tomó la maltratada libreta de viaje de Lino, la abrió hojeando curioso los dibujos y anotaciones, regresó a la primera hoja para iniciar una lectura más consiente: *Go back to this firmament, and when you come back, please, reappears in this ministry...* First day, 3 May 2030, New York City (*Vuelve a este firmamento, y cuando regreses, por favor, reaparece en este ministerio...* Primer día, 3 de mayo del 2037, ciudad de Nueva York)

FIN DEL TRAYECTO

Jared Suárez

Tres Lomas, Tabasco, México.

Octubre del 2004

Revisado en Agosto del 2026